

LUIS MUÑOZ RIVERA
ESTUDIO BIOGRÁFICO

PQ 7439
.M8 Z7

—————
GONZÁLEZ GINORIO

FT MEADE
GenColl



Class PQ 7439

Book M8Z7

Copyright N^o _____

COPYRIGHT DEPOSIT.

Premio Suberías Diploma de Honor

A FAVOR DE
Don José González Gironio,

por su estudio crítico biográfico educativo sobre el prócer puertorriqueño don Juan de suero Rivera, que tiene por título "Don Juan de suero Rivera, que tiene por título de su vida de generación en generación." Con tal motivo se le adjudica el premio de 500 dólares fundado por la Sen. Suberías, a título de diploma de garantía y como reconocimiento del mérito de su trabajo.

en Juan de suero Rivera, el día seis de septiembre del año de nuestro Señor de mil novecientos diez y ocho.

El Presidente del Jurado Calificador,

Capitán Coll y Toste

El Presidente de la Comisión Organizadora,

Eduardo Giorgetti

Diploma concedido al autor por su estudio biográfico-crítico-educativo del prócer puertorriqueño

LUIS MUÑOZ RIVERA

A LA LUZ
DE SUS OBRAS Y DE SU VIDA

ESTUDIO
BIOGRÁFICO-CRÍTICO-EDUCATIVO

POR

JOSÉ GONZÁLEZ GINORIO

INSPECTOR GENERAL, DEPARTAMENTO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA,
PUERTO RICO, EE. UU. DE A.

Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a
generatione in generationem, *Eccl.* xxxix, 13.

(No se perderá su memoria, y su nombre se repetirá de
generación en generación.)

5 3 0
5 3 0
5 3 0

D. C. HEATH Y COMPAÑÍA, EDITORES
BOSTON NUEVA YORK CHICAGO LONDRES

PQ 7439
M8Z7

COPYRIGHT, 1919,
By D. C. HEATH & Co.
I K 9



DEC 22 1919

©Cl. A 559115

no 1

DEDICATORIA

A TI, joven puertorriqueño, se dedica esta obra.

En ti pensaba el iniciador de este concurso al concebirlo.

En ti pensaba el autor de esta biografía al escribir sus páginas.

Al abrir este libro, se abrirá una nueva senda de vida ante ti: síguela sin vacilar.

Al leer estas páginas, trata de vivir la vida ejemplar del hombre que en ellas hemos querido retratar; imita sus virtudes; aliméntate en su espíritu; evoca su augusto nombre y oirás su voz que te dice:

«LUCHA y trabaja, hijo mío. Y cuando los obstáculos te cierren el paso; cuando el cansancio doble tus rodillas; cuando las lágrimas se agolpen bajo tus párpados, haz un nuevo esfuerzo, uno más, dos más, muchos mas . . . y vencerás. En tu peregrinación por este mundo cuyos senderos son, ya rectos, ya torcidos; ya fáciles, ya escarpados; y donde rara vez se conoce el buen sendero, las huellas que dejen tus pasos serán, por necesidad, desiguales. Mas no temas, no vaciles, sigue siempre adelante; la virtud te guiará en línea recta. Sé fuerte. No temas las caídas. Levántate cada vez que caigas. Sé firme. Sé constante. Sé generoso. ¡ Adelante! »

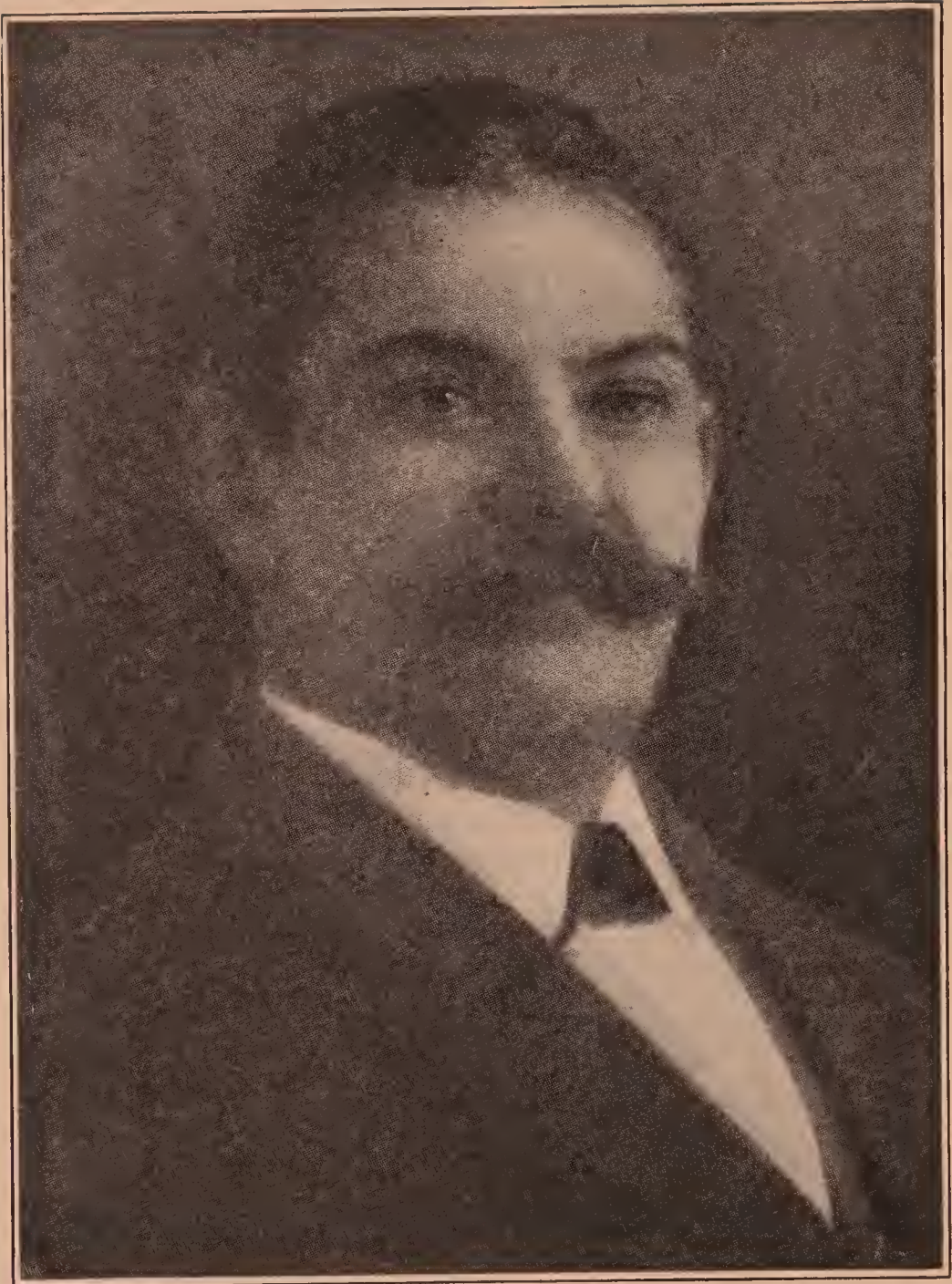
Si oyes esa voz, joven puertorriqueño, recuérdala, obedécela.

EL AUTOR

U.S.F.N. Dec. 29.19.
Requ. MF - 154 P 22

ÍNDICE DE LAS SECCIONES

SECCIÓN	PÁGINA
I. NACIMIENTO DE LUIS MUÑOZ RIVERA . . .	I
II. SU EDUCACIÓN. PRIMERAS MANIFESTACIONES DE SU CARÁCTER. PERSEVERANCIA Y FIR- MEZA DE VOLUNTAD	I
III. INCIDENTES DE SU NIÑEZ. VALOR Y CON- FIANZA EN SÍ MISMO	4
IV. NUEVOS RASGOS DE SU CARÁCTER. INGE- NUIDAD Y ESPONTANEIDAD	6
V. INFLUENCIA PATERNA. LABORIOSIDAD . . .	8
VI. MUÑOZ-POETA	10
VII. MUÑOZ-PERIODISTA	61
VIII. MUÑOZ-ORADOR	92
IX. MUÑOZ-POLÍTICO	99
X. MUÑOZ-ESTADISTA	128
XI. MUÑOZ-PATRIOTA. MUERTE DEL MAESTRO .	135
XII. MUÑOZ-APÓSTOL. SÍNTESIS DE SU DOCTRINA	143



Luis Muñoz Rivera

LUIS MUÑOZ RIVERA

I

Las corrientes que hacen girar las ruedas de las máquinas del mundo nacen en lugares solitarios. — HELPS.

LUIS JOSÉ MUÑOZ RIVERA nació en Barranquitas — pequeña y pintoresca población situada en el interior, casi en el centro, de la isla de Puerto Rico — el día 19 del mes de julio del año 1859. Fueron sus padres don Luis Ramón Muñoz Barrios y doña Monserrate Rivera Vázquez. Fué Luis José el primogénito de una familia de diez hijos, de los cuales, cuatro viven todavía.

II

Hay un proverbio que dice: « Las costumbres hacen al hombre »; y otro: « El espíritu hace al hombre »; pero el tercero es el más verídico: « El hogar hace al hombre. » — SMILES.

LA educación de « Luisito » — como cariñosamente lo llamaban en su pueblo — comenzó en edad temprana. Su madre — « mujer sencilla, inteligente, buena, para quien el hogar era el culto y

el santuario de su vida » — según relata don Felipe Negrón, uno de los maestros de « Luisito » — al mismo tiempo que infiltraba en el tierno corazón de su hijo el tesoro de virtudes que ella poseía, lo inició en el conocimiento de « las primeras letras. » A la edad de cuatro años ingresó en la escuela pública de su pueblo, la que entonces estaba dirigida por el profesor don Francisco Becerra. Poco después, por haber sido trasladado su maestro, continuó su educación elemental con el nuevo profesor don Felipe Negrón. Sobre la vida de estudiante del joven Luis el mismo Sr. Negrón — que vive aún — ha dicho:

« Su conducta era ejemplar: aplicado, estudioso, de inteligencia clara, de imaginación viva, de una rápida concepción de las cosas y de un fácil poder de asimilación de ideas, siempre fué el primero en las clases a que perteneció. » ¹

Bajo la dirección del Sr. Negrón cursó el joven Luis los estudios comprendidos en el plan de instrucción primaria de aquella época, los que terminó « con singular aprovechamiento » — según expresión de su propio maestro.

Estudió música y francés con el profesor don

¹ De *Fragmentos*, artículo de don C. Martínez Acosta, escrito en octubre 25, 1917, y publicado en *Puerto Rico Ilustrado* el 15 de noviembre del mismo año, con motivo del « Primer Aniversario » de la muerte del Sr. Muñoz Rivera.

Jorge Colombani. Su afición por el estudio en general, pero muy especialmente por el estudio de la literatura, se reveló en él siendo todavía un niño. A los quince años de edad ya era un lector entusiasta y pertinaz y se amanecía leyendo. A esa edad ya había leído la *Biblia*, el *Quijote*, la *Iliada* y el *Diccionario de la Real Academia Española*, del que hizo una selección de palabras, que copió en unas libretas, y formó un léxico escogido. Para esa misma época, ya Luis leía y traducía con bastante facilidad y corrección el francés. Según cuenta una de las hermanas — la mayor — de Muñoz,

« su deseo hubiera sido ir a estudiar leyes en Madrid, pero mi padre no se decidió a ello. Mi padre habría querido entregarle la regencia de sus tierras, el manejo de sus negocios. Pero Luis tenía otras ambiciones, otros ideales. »

La contrariedad que sufriera por no poder realizar sus aspiraciones, no mató en él el amor por el estudio. Antes, al contrario, fué ella el acicate que lo estimuló a continuar su educación por su solo esfuerzo. De ahí en adelante su único maestro fué el LIBRO. Devoraba, más que leía, todo libro que caía en sus manos, y joven todavía, ya era un iniciado en las literaturas española y francesa: estudiando, analizando y ensayándose en la primera; estudiando, observando y deleitándose en la

segunda; nutriendo su vigoroso espíritu con las enseñanzas que esos dos grandes pueblos — el español y el francés — brindan en su historia y que se reflejan en sus respectivas literaturas.

Esta perseverancia — que nunca flaqueó — en su propia educación fué una de las más claras manifestaciones de la poderosa voluntad que había de impulsarlo durante toda su vida. Con ese rasgo, ya empieza a perfilarse su carácter.

III

*« Armadle, armadle, que lidiar desea! »
 Ante todos así Yápix inflama
 El turbado concurso a la pelea.
 « Y tú, ilustre caudillo, » luego exclama,
 « No pienses que este triunfo humano sea;
 Mi arte, mi diestra nada obró: te llama
 Fuerza más alta, voluntad divina
 Que a mayores objetos te destina. »*

(*La Eneida*, Libro XII. — VIRGILIO.)

LA niñez de Luis Muñoz Rivera se confunde con su edad de estudiante. En puridad de verdad, su niñez la dedicó al estudio, y fué el estudio el encanto mayor de su niñez.

« Mi padre » — cuenta doña Carmen, la hermana mayor de Luis — « era un tanto austero, de modo que la niñez de Luis estuvo un poco cohibida. Él gustaba a veces de montar a hurtadillas de mi padre los caballos que dejaban junto a la casa nuestra, los amigos que,

desde pueblos limítrofes, venían a visitarnos. Muchas veces sorprendieron a mi padre al avisarle que Luisito galopaba a todo correr por el pueblo en un caballo brioso. Mi hermano contaba entonces ocho o nueve años. Pero sus juegos duraron poco.»

El ambiente doméstico — santo y noble pero serio y austero — no era propicio para que se manifestase en Luis esa afición grande al juego que es general en casi todos los niños. A falta de esas infantiles recreaciones, la naturaleza vigorosa del niño buscaba su equilibrio con otras expansiones. Y esa preferencia por una distracción que no estaba exenta de peligros; y esa despreocupación y ausencia de todo temor al aventurarse en tan arriesgada empresa, son revelaciones del «*porqué*» de la estoica calma y pasmosa serenidad que nunca le faltaron en las múltiples situaciones graves y difíciles en que tuvo que actuar durante toda su vida de hombre público. El domador de potros briosos se ensayaba para la más difícil tarea de domar hombres, caracteres. Estos nuevos rasgos, valor y confianza en sí mismo, hacen más claro el boceto de su personalidad.

IV

*Dormía y soñé que la vida era belleza;
desperté y encontré que la vida era deber.*

— KANT.

*Respiraba al fin aquel olor nunca olvidado
del huerto que le vió formar. — ISAACS.*

A LA edad de diez y siete años era Luis el maestro de sus jóvenes hermanas y de su hermano. La influencia de las enseñanzas morales recibidas de sus padres fué tal que hizo de Luis un íntegro y austero cumplidor del deber. Norma análoga siguió él en la educación de sus hermanos, uniendo — como sus padres lo habían hecho con él — el ejemplo al precepto. Mas, esta vida austera, producto de una educación fundada en el cumplimiento ineludible de todos los mandatos de un código moral severísimo, no mataron en Luis la ingenuidad y la espontaneidad propias de todo niño. Estas candorosas virtudes se manifestaron en él durante toda su vida. Tarde, cuando ya el invierno de la vida se manifestaba en su gallarda y voluminosa cabeza, escribía él a su hermana Carmen estas líneas ingenuas, cándidas, infantiles:

« . . . Tú y yo seremos viejísimos entonces. El 17 cumplí yo, en Julio, cincuenta y cuatro. Mañana, o el 10, cumplirás tú cincuenta y tres. Vuelve la vista atrás. ¡Qué lejos aquel alborar de Barranquitas;

aquellas misas de aguinaldo; aquellas cenas en el comedor de don José Antonio; aquellos bailecitos con « los Suro » en la sala de « don Borgos »; aquella frescura de juventud y aquel calor de sangre nueva! Y, sobre todo, aquel anciano de mirada profunda, de alma serena, de corazón inmenso, que nos quería y que nos dejó, según nosotros dejaremos a nuestros hijos! Yo salí de « mi pueblo » hace veinticuatro años. Y no hay en el mundo pedazo de tierra que me inspire un cariño y un respeto tan grandes, como los que me inspiran los sitios en que fuí menos desdichado.

« Háblame de tí, de tus ideas, de tus proyectos. Porque, aun después de los cincuenta, seguimos fabricando castillos en el aire. No me lo niegues. Yo los fabrico monumentales, cien veces más altos que esos edificios de cincuenta pisos que « te dan jaqueca ». A mi me gustaría de cinco mil pisos; torres de Babel, que me alejaran de abajo, de lo bajo, de lo sucio, de la tierra, en la que me aguarda ¡ al fin! el sueño del que nadie despierta. »

Estas nuevas pinceladas nos muestran al hombre que educado en principios altos y puros, miró siempre hacia arriba, hacia adelante, hacia el deber. Vivió siempre así, sin arrancar de su corazón los dulces goces que el recuerdo de una edad dichosa — ya pasada — le proporcionaba.

Íntimamente, para su familia y para sus íntimos amigos, Muñoz no dejó de ser nunca un niño de rostro grave pero de corazón candoroso e

ingenuo. Mas, en el cumplimiento del deber, desde niño fué un viejo.

Nuevas líneas son éstas que modelan — dándole mayor relieve — su carácter, su personalidad.

V

*La higuera que mira a otra higuera
acaba por fructificar.*

— PROVERBIO ÁRABE.

LA Naturaleza — sabia siempre — hace de la vida doméstica la preparación para la vida social. Por lo tanto, el espíritu y el carácter han de formarse en el hogar. En Luis Muñoz Rivera vemos la confirmación de este principio básico de educación. Su padre fué un hombre laborioso para quien la vida fácil no tuvo nunca atractivos. Para su hijo Luis esa vida fácil fué absolutamente desconocida. Su temperamento vigoroso e impulsivo excluyó en él toda inclinación al ocio. En realidad, a juzgar por lo que de su adolescencia y juventud sabemos, nunca tuvo oportunidades para gastar su tiempo y quebrantar sus energías en la ociosidad. El ejemplo que a diario veía en su padre hubo de ejercer poderosa influencia en su carácter. El ejemplo, y sobre todo, el ejemplo dado por los progenitores, es una fuerza educativa cuyos alcances pocas personas han podido apreciar. En Luis esta ley se cumplió una vez más.

Hijo de padre laborioso, enérgico, exacto en todos sus compromisos, puntual en todas las actividades de su vida, pronto vió en el trabajo la condición normal del hombre en la vida. De Muñoz puede decirse que trabajó: primero, por imitar — inconscientemente — la conducta de su padre; segundo, por afición; luego, por necesidad; después y durante el resto de su vida, por educación, por temperamento, por necesidad y por deber. Así lo vemos dedicado al estudio intenso y perseverante durante toda su niñez; maestro de sí mismo — por medio de la lectura de libros y periódicos — y maestro de sus hermanas y hermano en su adolescencia; ayudante de su padre, comerciante, literato en embrión y político en ciernes, en su primera juventud; periodista, poeta y político en sus vigorosos treinta; jefe de partido a los treinta y siete años de edad; Secretario de Gobernación en el Gabinete Autónomico de Puerto Rico a los treinta y ocho años de edad; Presidente del Consejo de Secretarios del Gabinete Autónomico y Jefe de Gobierno a los cuarenta años; guía y defensor de su pueblo desde esa época hasta que la Muerte segó su existencia a los cincuenta y siete años de edad.

Muñoz vivió durante cincuenta y siete años. Mas, lo largo de sus *años* no es la mejor prueba de lo largo de su *vida*. La vida de Muñoz sólo

puede medirse — como la de todos los grandes hombres — por lo que *hizo* y por lo que *sintió* durante toda ella. Un hombre cuanto más útilmente labora, cuanto más siente y cuanto más piensa, tanto más *vive* realmente. De Muñoz puede decirse sin temor a equivocaciones o a hipérboles que vivió una vida intensa consagrada a, y santificada por, el trabajo.

El boceto de su personalidad está ya bastante delineado. Ya empieza a manifestarse el relieve.

VI

Los poetas son de una raza que dura más tiempo que la de los héroes; respiran más la atmósfera de la inmortalidad.

— HAZLITT.

LA literatura fué el estudio predilecto, el goce favorito, el manjar espiritual de Luis Muñoz Rivera. Muñoz-literato tiene tres distintos aspectos: poeta, periodista, orador. A Muñoz-poeta hemos de referirnos en este momento.

Era todavía Luis Muñoz Rivera un joven adolescente y ya su gran afición por las letras lo había llevado a la formación de un círculo literario. La pobreza y la pequeñez del ambiente en que se manifestaban y se desarrollaban estas actividades estaban compensadas con el entusiasmo y la perseverante devoción de Muñoz y de los pocos

compañeros que a él estaban asociados, entre los que figuraba « otro poeta en ciernes », José Negrón Sanjurjo.

No se sabe con absoluta certeza cuál fué la primera producción poética de Muñoz. Sus hermanas guardan, « desde muy niñas », una composición de él, titulada, *Quejas del mar*. Crean las hermanas de Muñoz que las estrofas de esa poesía fueron las primeras con que cantó su lira. He aquí un fragmento de esa composición:

QUEJAS DEL MAR

Cabe la playa del mar Atlante,
Allá en la noche, con emoción,
Al par modulan Luis y Violante
Triste canción.

Si cruza un ave rápida y sola
Notas siniestras al aire da,
Y si callada viene la ola
Gime y se va.

Vago suspiro de cuando en cuando
Sube a los cielos buscando a Dios,
Y los amantes siguen cantando
Juntos los dos:

« Cuando nacía nuestro cariño,
Aquí, en la orilla, junto a la mar,
Era tan puro como de un niño
El despertar.

Hoy . . . descornado con torpe empeño
 De la inocencia diáfano el tul,
 En vez de campo verde, risueño,
 Y cielo azul,
 Vemos en torno nubes sombrías,
 Negros presagios del huracán,
 Y no se calma de nuestros días
 El hondo afán.
 Es la pureza flor perfumada
 De los jardines de la virtud:
 ¡ Ah! si la pierde ¡ cuán desdichada
 La juventud!

.»

En los versos anteriores no vemos al Muñoz-poeta, autor de *La Marsellesa* y de *Nulla est redemptio*. Y, sin embargo, en esos versos sencillos, sentidos, saturados de espontaneidad, vemos el verdadero temperamento de Muñoz-poeta; vemos al gran lírico. Eso fué Muñoz: un gran lírico. En esos mismos versos iniciales de su brillante vida artística vemos tintes y sombras de un romanticismo ingenuo, discretamente expresado; romanticismo de adolescente que ya se siente hombre y obedeciendo a los poderosos impulsos de su naturaleza vigorosa dedica su primer canto al amor. Admiramos en estos versos la pureza y sencillez de sentimientos del autor. Algunas estrofas — la última de las copiadas —

contienen ideas conceptuosas, que no son absolutamente originales, pero que están bellamente expresadas. El argumento, aunque vulgar, es el favorito de todos los versificadores incipientes. El lugar en que se desarrolla la acción está fuera del ambiente en que vivía Muñoz. Sin embargo, la factura es delicada, y el arte es espontáneo. En esos versos se anuncia un poeta.

Según información que ha dado doña Carmen — la mayor de las hermanas de Muñoz — escribió éste en colaboración con José Negrón Sanjurjo un libro de poesías titulado *Retamas*. Según esa misma información en dicho libro no aparecían los nombres de sus autores, sino los pseudónimos HERÁCLITO y DEMÓCRITO que correspondían a Negrón y a Muñoz respectivamente. Desconocemos por completo esa colección de poesías y por lo tanto no podemos emitir juicio alguno acerca de ellas. Mas, nos es lícito suponer que la colaboración de Muñoz representa un paso de avance en el progreso de su carrera literaria.

En opinión de algunos la primera composición poética de Muñoz fué la titulada *¡ Adelante !* y que vió la luz pública en el periódico *El Pueblo* que se publicaba en Ponce. Esa composición fué dedicada por Muñoz a Mario Braschi, viril y acreditado periodista. También publicó Muñoz varias de sus composiciones en *El Clamor del*

País y en *El Buscapié*, importantes periódicos de aquella época. En 1882 — tenía Muñoz 23 años de edad — publicó en *El Buscapié* su brillante ensayo épico *Vasco Núñez de Balboa*. Como tributo de admiración y gratitud por los goces y enseñanzas que derivó de la lectura y estudio de las poesías de don Alejandro Tapia Rivera, dedicó su poema épico a este gran poeta puertorriqueño. Véanse algunas estrofas de esa importante producción:

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA
(ENSAYO ÉPICO)

Dedicado a la memoria del poeta puertorriqueño
Don Alejandro Tapia y Rivera,

Autor del drama
Vasco Núñez de Balboa

Hay un país de Europa al occidente,
Poblado de naranjos y olivares;
Verjel sin par que acepta sonriente
Las eternas caricias de dos mares:
Allí se aspira el delicioso ambiente
Impregnado en aroma y azahares,
Y el sol radiante que los campos baña,
Arde y rutila como sol de España.

Valles, praderas y montañas llena
 Un pueblo de sus timbres orgulloso,
 Que alza la frente rígida y serena
 Sin temor a las iras del coloso;
 Que compadece la desgracia ajena,
 Acude a remediarla generoso,
 Y escribe con fragmentos de su gloria
 Las páginas más bellas de la historia.

.

Es aquel pueblo varonil y fuerte
 Que rechazó con altivez a Francia:
 El que supo encontrar heroica muerte
 En la pira sangrienta de Numancia;
 El pueblo digno de brillante suerte
 Que tiene de valor y de constancia,
 Más ejemplos sublimes en el suelo,
 Que estrellas por la bóveda del cielo.

.

Refiriéndose a ese bello trabajo publicó don Manuel Fernández Juncos — maestro de dos generaciones de poetas puertorriqueños — lo siguiente, en el mismo número del *Buscapié* en que vió la luz pública dicho poema:

« *Ensayo épico*. El que empezamos a publicar en el presente número, tiene entre otros méritos de forma y de fondo que fácilmente pueden apreciarse, el de haber sido escrito por un joven de corta edad, natural y vecino de Barranquitas, donde no ha tenido medios literarios de que aprovecharse ni ejemplos que imitar.

« Es uno de tantos jóvenes puertorriqueños de mérito indiscutible, que luchan heroicamente con las adversas circunstancias que se oponen a su vocación, y todo cuanto saben y escriben es obra de su propio esfuerzo y de sus naturales aptitudes.

« En este concepto, son verdaderamente dignos de elogio y de admiración los aciertos de Muñoz Rivera en un género de poesía y de metro que ofrece muchas dificultades aun a los grandes maestros.

« Es innegable que en las octavas de referencia hay espontaneidad, armonía, fluidez, enlace lógico y natural de las ideas, y pensamientos poéticos expresados con facilidad y precisión.

« Felicítamos al joven Rivera por sus apreciables disposiciones literarias, que podrá realzar seguramente con el ejercicio continuado y con el estudio de los grandes modelos de bien decir. ¡ Adelante! »

Muñoz-poeta ha tenido su mejor crítico en don Manuel Fernández Juncos, venerable patriarca de las letras puertorriqueñas. Hablando de Muñoz ha dicho:

« ... y sin embargo serán sus poesías lo que más perdure de él al través de los tiempos. ¡ Tal es el privilegio indiscutible del arte! »¹

Refiriéndose de nuevo el Sr. Fernández Juncos

¹ De *Muñoz Rivera Poeta*, artículo publicado por don Manuel Fernández Juncos en *Puerto Rico Ilustrado*, con motivo del primer aniversario de la muerte del insigne prócer borincano.

al gran poema épico de Muñoz, *Vasco Núñez de Balboa*, ha dicho:

« Pero Muñoz Rivera, como todo poeta de personalidad exuberante, se exterioriza a menudo, en su obra sin pensarlo siquiera, y deja en ella indicios de su carácter y de su temperamento peculiar. Nótese bien en este poema algunos puntos de analogía entre el autor y su héroe, entre Muñoz Rivera y el intrépido explorador de Darién y descubridor del mar del Sur. El uno como el otro son patriotas ardientes y decididos en la realización de sus empeños, y comentando el poeta los obstáculos que dificultaban al principio los propósitos del explorador, escribe esta preciosa octava que refleja la complexión, el carácter activo y el genio batallador del mismo que la escribe:

« Pero el que estima en toda su grandeza
La labor inmortal del pensamiento,
El que siente bullir en su cabeza
La llama creadora del talento,
Cuando en la vida a penetrar empieza,
Henchido el corazón de noble aliento,
Si el destino se tuerce en su camino,
En lucha colosal vence al destino.

« Tenía Muñoz Rivera esta cualidad saliente en algunos grandes poetas, así como la de reflejar en sus obras con sinceridad el estado de su espíritu al escribirlas. »¹

En puridad de verdad, Muñoz-poeta es un oasis en el extenso desierto de la vida de Muñoz-

¹ *Ibid.*

periodista y Muñoz-político. Poeta por temperamento, hizo de la poesía el único goce de su vida. Pero su ideal fué otro: la redención de su patria. Y su desinteresado y sublime patriotismo lo llevó al sacrificio de su único goce. Por eso fué poeta « a ratos ». Mas, sus momentos de arte — de gran arte — correspondieron casi siempre con los momentos más críticos de la vida política de su pueblo, de su patria. Así como si colocamos dos diapasones — afinados al unísono — sobre sus cajas reforzadoras, el uno enfrente del otro a algunos metros de distancia y si hacemos sonar uno de los diapasones, el otro diapason no tardará en vibrar también, de igual modo se pudo observar la misma correspondencia, la misma simpatía, la misma afinidad entre Muñoz Rivera y su pueblo. Así lo vemos creyente y optimista en una época en que él creyó que « por fin se haría justicia a Puerto Rico ». Sucedió esto en momentos en que se llevaba a efecto una reforma en el plan de educación primaria en la isla; en que se establecía el Instituto Civil de Segunda Enseñanza en San Juan; y sobre todo, en momentos en que el gran patriota vislumbró un rayo de esperanza para la reivindicación primero, y la emancipación más tarde, de su patria. Envuelto en ese ambiente saturado de optimismo; sensible a su influencia, concibió su inspiradísima poesía *Vox populi*, la

que dedicó a su amigo don Luis R. Velázquez. Su optimismo puede verse en este pensamiento de Victor Hugo que le sirvió de tema para su notable producción:

« La perfección futura, el estado próximo del bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal. No nos paremos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias. »

Y esa admirable obra poética de Muñoz debe consignarse íntegra en este trabajo biográfico-crítico-educativo. Ella ha de ser fuente de saludable inspiración para nuestra juventud.

VOX POPULI

(1883)

Aunque se agiten con creciente brío
Los hijos del error; aunque al combate
Acudan en confuso vocerío,

No existe ya quien su poder acate:
¡ Mientras la luz de la *Razón* fulgura,
La libertad ni muere ni se abate!

Cuando hay doquiera sombras y negrura
Llega la aurora; su fulgor bendito
Rompe los velos de la noche oscura;

Y cuando en su morada de granito
El déspota ceñudo se recrea,
Lanzan los pueblos de venganza un grito,

La tradición vetusta bambolea,
Algo anuncia, de bienes mensajero,
El despertar solemne de la idea,

Y atónito contempla el mundo entero
Como exhala la odiosa tiranía
Su último aliento, su estertor postrero.

Empieza entonces a rayar el día,
Y un nuevo sol en las conciencias arde
Que a todas partes claridad envía.

Vendrá tal vez la reacción más tarde;
Pero será la reacción menguada,
La reacción estéril y cobarde

Que de sus mismos pasos asustada,
Entre dudas, recelos y temores,
Nada destruye ni edifica nada.

Su destino es pasar como esas flores
Que desplegan su cáliz en la aurora
Y ruedan a la tarde sin colores:

Y cumple su misión perturbadora
En ruda lid con el temor secreto
Del que teme morir hora tras hora.

De algún coloso mísero esqueleto,
A nadie su oropel vacío inspira
Compasión, ni cariño, ni respeto,

Así, temblando, con zozobra mira
El término llegar de su existencia
Y en horrorosa convulsión espira.

Rechazan todos su funesta herencia,
Y, al descargarse de tan grave peso,
Sacude su sopor la inteligencia.

¿A qué extrañar si en delirante exceso
Celebra sus victorias entusiasta
La multitud, sedienta de progreso?

A un organismo vigoroso ¿basta
La forzada quietud de cementerio
En que la fuerza varonil se gasta?

¿Quién acepta humillante cautiverio
Si en el fondo del alma erige altares
De la justicia al bienhechor imperio?

Existe en las tormentas populares
Un fondo de bondad sincero y rudo,
Tranquilo como el fondo de los mares;

Arriba brama el vendabal sañudo,
Y mientras ronco el oleaje ruje,
El fondo queda sosegado y mudo:

Así es el pueblo; a su soberbio empuje
El orden secular se desmorona,
La torre señorial vacila y cruje;

Pero después que el éxito corona
La obra gigante, compasivo y bueno
Aun a los mismos déspotas perdona.

Dejad que siga impávido y sereno
Su carrera triunfal sin poner valla
A su ambición ni a sus instintos freno.

¡ Ah, si su furia contenida estalla!
Nadie como él es poderoso y fuerte,
Y en vano probaréis tenerle a raya.

En león el cordero se convierte,
Se lanza a la pelea delirante,
Y va sembrando por doquier la muerte.

Dejad que siga . . . Le veréis triunfante
Avanzar, sin que nada le resista,
Por la senda del bien siempre adelante.

Fija muy lejos la segura vista,
Sin temores pueriles en el pecho,
Marcha del porvenir a la conquista.

Y triunfará; si es fatigoso el trecho
Que ha de salvar, tomar la resistencia,
No importa: su vanguardia es el derecho;

Tiene por norte el sol de su conciencia,
Por alma la razón, la luz por guía,
Por norma el bien, por escabel la ciencia,

Y lucha con tan noble bizarría,
Que al corpulento e indomable atleta,
En fuerza y en vigor humillaría.

A los fantasmas del pasado reta,
Porque lidian y vencen a su lado
El obrero, el filósofo, el poeta;

Aquél con el martillo y el arado,
Los otros con la máxima sublime,
Con el canto armonioso e inspirado.

¡ Mirad! Doquiera que la planta imprime,
A los tiranos su presencia espanta,
A los esclavos su piedad redime.

Y dondequiera que la voz levanta,
Entre aplausos y vítores, se eleva
La Libertad niveladora y santa.

Y dondequiera que su influjo lleva,
Fraternidad universal predica,
E infunde a todos esperanza nueva.

Y dondequier que su doctrina aplica,
Acariciando hermosos ideales,
Sostiene la Igualdad y la practica.

¡ Ah! si unidos en lazos fraternales
Fueran los hombres en cercano día,
Sabios y libres, prósperos e iguales,

¡ Con qué emoción sagrada lanzaría
Al espacio las notas de mi canto
Rudas, sí, pero llenas de energía!

¡ Con qué sereno júbilo y con cuánto
Placer, mi corazón independiente
Daría rienda a su entusiasmo santo!

Quizá serán delirios de mi mente
Que de un bello ideal enamorada
Loca le sigue con afán vehemente;

Mas yo espero que luzca la alborada
De eterno día, en que tranquila emprenda
La humanidad su marcha sosegada,

Y, pues ha de vencer en la contienda,
No habrá un Pedro cobarde que la niegue,
Ni un Judas miserable que la venda.

Entonces, cuando el céfiro despliegue
De sus triunfos el mágico oriflama
Y del progreso hasta la meta llegue,

Poetas mil, con esa voz que inflama
Al corazón ardiente, tal victoria
Lanzarán a los vientos de la fama.

Como es la vida breve y transitoria,
No quedará de mi existencia oscura
Ni siquiera la pálida memoria;

Pero si allá, en la negra sepultura,
Puede ser que un instante se despierte
De su sueño la mísera envoltura

Que me cubrió; si hasta mi oído inerte
Llega un rumor del movimiento humano
A turbar el silencio de la muerte;

Aunque procure reanimar en vano
El fuego que hoy en mi cerebro arde,
Me agitaré con gozo sobrehumano
Bajo la losa que mis restos guarde.

De ahí en adelante entra Muñoz de lleno en la política del país. Su actuación es tan intensa como su entusiasmo y su gran optimismo. Las contrariedades primero y las decepciones y desengaños más tarde, le sirven de acicate y estímulo para perseverar en su obra redentora. Mas, la hora funesta de la entronización de un gobernante huérfano de tacto, ofuscado de mente, y con debilidad bastante para seguir los consejos e indicaciones de palaciegos egoístas, rencorosos y malévolos indicó el comienzo de una era de persecución contra los que advocaban un régimen liberal y justo. Una serie de atropellos vergonzosos determinó la defección de muchos puertorriqueños de la causa santa que antes habían defendido; otros fueron a engrosar las filas

adversarias. La desesperación se apodera de nuestro joven luchador, y lanza airado a la faz de todos las soberbias, tremendas, aplastantes estrofas de *Nulla est redemptio*, apóstrofe que Fernández Juncos llama « el canto pesimista más estupendo que se ha escrito en versos castellanos en el Nuevo Mundo. »

NULLA EST REDEMPTIO

(1889)

Noble y altivo, generoso y bravo;
de robustez y de entusiasmo lleno;
dueño del mundo y del deber esclavo;

alma fogosa, corazón sereno;
brazo nervudo, voluntad entera;
la fe por guía, la razón por freno;

la libertad por única bandera;
sin la cobarde sumisión del paria;
sin el brutal instinto de la fiera:

así en mis años de ambición precaria,
quise en mi patria contemplar un día,
no la turba rebelde y tumultuaria

que en algarada inútil se extravía,
sino el pueblo viril, heroico y fuerte
que sin vanos alardes desafía

el golpe injusto de contraria suerte,
y mostrar puede al invasor triunfante
su desprecio sublime de la muerte.

Ilusión fué que acarició un instante
la febril ansiedad de mi deseo:
¡ ay, al crujir el látigo insultante,

no se irguió con impulso giganteo,
y ni aún supo imitar, sobre su roca,
la fiera convulsión de Prometeo!

En vano la injusticia le provoca;
humilde y manso, en las hinchadas venas
el ardimiento tropical sofoca,

y besa con cariño sus cadenas,
y endulza, al brusco son de sus cantares,
el dejo amargo de sus hondas penas,

en tanto que se enlutan nuestros lares
y el rojo sol que por oriente asoma
astro es que anuncia duelos y pesares.

¡ Oh! Sin llegar al esplendor de Roma,
sufrimos vergonzosa decadencia
y nuestra fe vacila y se desploma.

Este sopor que invade la conciencia;
esta suprema indecisión helada;
este olvido del arte y de la ciencia;

este miedo a la pólvora y la espada,
diciendo están que en el naufragio triste
una idea, una sola, sobrenada.

Pompas y galas deslumbrantes viste;
apura el néctar en luciente vaso;
nada a su influjo constrictor resiste:

es la « idea del éxito »; a su paso
inclinan todos la marchita frente,
siguen tras ella con rubor escaso

y marchan a merced de la corriente,
llevando cada cual bien escondido
lo que cree, lo que piensa, lo que siente

y ocultando lo que es y lo que ha sido,
como la verde y sosegada fronda
oculta de las víboras el nido.

¡ Qué desventura irremediable y honda!
A la voz del honor y del decoro
¿ no habrá conciencia honrada que responda?

¿ Ha muerto el ideal? La sed del oro;
la fiebre del poder; la ruin envidia;
de la ambición el vocear sonoro;

el vil recelo; la traidora insidia;
el torpe afán de lucro y de privanza
¿ ha de vencer en la infecunda lidia?

¡Quién sabe! En la sombría lontananza
aún el iris radiante no fulgura;
la ola de cieno formidable avanza.

y presa el alma de letal pavora
teme que nunca encontrará salida
a este erial de vergüenza y amargura.

¡ Ah, mi dulce ilusión desvanecida!
¿ Dónde podré llenar, cuando pereces,
el vacío que dejas en mi vida?

¡ Te acaricié con ansia tantas veces!
¡ Diste a mi lira vibración tan grave
y a mi canto tan rudas altiveces,

que enmudezco al perderte, como el ave
que, roto el árbol en que está su nido,
cantar no puede y sollozar no sabe!

En esta roca tropical nacido,
jamás pensé que el infeliz colono
su propia dignidad diese al olvido.

Sufrir de algún jerarca el duro encono,
llevar a los altares su primicia
y sus tributos a los pies de un trono;

sentir que su fortuna se desquicia;
que hasta el rústico albergue campesino
tienden su zarpa el dolo y la codicia,

es del ilota el mísero destino:
él soporta la inmensa pesadumbre,
y recorre, indolente, su camino.

¡ Sumisa y desdichada muchedumbre
que en servil ignorancia vive y muere,
por voluntad, por miedo, por costumbre

se prosterna ante el brazo que la hiere!
Pueblo que el triunfo a la humildad confía,
ni libre ser ni respetado espere.

No era ese el pueblo que fingió algún día
en su anhelar irreflexivo y ciego,
soñadora de luz, mi fantasía:

era un pueblo viril, de alma de fuego,
con el valor tenaz del espartano,
y la altivez indómita del griego:

un pueblo inteligente y soberano
que rechazara, enérgico y activo,
el rudo azote con resuelta mano.

¿ Cómo hallar el potente reactivo
que restituya a nuestra sangre helada
la antigua fuerza y el calor nativo,

si sólo encuentra, absorta, la mirada
en esta tierra que sus males llora,
el vacío absoluto de la nada?

¡ No hay redención ! La anemia nos devora;
la inacción nos enerva y nos abate;
la fiebre nuestros pómulos colora,

y del derecho en el marcial combate
la mente duda, el pulso no palpita,
el labio calla, el corazón no late.

¡ Qué horrible despertar ! Tras la infinita
extensión de ese mar que airado ruga
y, al contemplarnos, su oleaje irrita,

cien y cien pueblos, con soberbio empuje,
avanzan sin cesar, mientras el mundo
sobre sus ejes trepitando cruje.

Es del progreso el hálito fecundo
que a la gigante humanidad caldea;
es de la ciencia el meditar profundo;

es el poder divino de la idea,
a cuyo impulso, en brusca sacudida,
tiembla el altar y el trono bambolea,

mientras aquí, con calma suicida,
se entrega Borinquén a su amargura,
— paria que al fin su servidumbre olvida, —

Y así se agosta, virgen sin ventura,
átomo leve en el esfuerzo humano,
como una mancha estéril de verdura
perdida en la mitad del océano.

Estos dos grandes poemas, *Vox populi* y *Nulla est redemptio*, parecen escritos por dos poetas distintos. El primero está inspirado en la « certeza de mejores tiempos », en la « fe en la justicia », en « un optimismo que contagia y atrae », en « una esperanza basada en la fe y la razón », . . . El segundo está impregnado de un fatalismo que enferma. En él hay amargura, dolor, desesperación, agonía . . . casi locura. ¡ Qué contraste ! ¡ Qué sensibilidad tan exquisita en el poeta ! ¡ Cuánta flexibilidad en la expresión !

En el mismo año en que escribió Muñoz su poesía *Nulla est redemptio* — 1889 — publicó también su brillante canto *La Marsellesa*. ¿ Lo escribió antes que *Nulla est redemptio*? ¿ Lo escribió después? No es posible decidir esta cuestión. Mas, un simple estudio de estas dos composiciones y de los acontecimientos políticos de aquella época nos lleva a la conclusión de que ambos tuvieron la misma fuente de inspiración. Es nuestra creencia que *La Marsellesa* se escribió antes que *Nulla est redemptio*, en días en que todavía el gran poeta-luchador estaba animado por una última esperanza. Su fe en la razón y en la justicia le hacía esperar « la rectificación », « el desagravio », « la justicia » . . . Ya estaba decepcionado, pero todavía no estaba desesperado.

La Marsellesa es un aliento para el pueblo. Es casi un consejo . . . Para el « poder » es un aviso, un recuerdo . . . Es casi un reto. Las esperanzas de Muñoz quedaron defraudadas: el pueblo no siguió su consejo; no realizó nuevo esfuerzo . . . El « poder » ignoró el aviso; despreció el reto. Y llega entonces el momento en que toda esperanza desaparece, y Muñoz ve que la RAZÓN no triunfa; que la MALDAD vence . . . y su fe sucumbe . . . Dotado de un temperamento ardiente, vigoroso, impulsivo, da rienda suelta a su dolor, a su desesperación, y se desahoga arrancando a su lira los tercetos inmortales en que escribió *Nulla est redemptio*.

Siendo éste un estudio de índole triple, biográfico-crítico-educativo, deben en él consignarse un buen número de las obras del personaje objeto de este estudio. Ningún trabajo crítico puede enseñar tanto como sus mismas obras. Son éstas el mejor y más grandioso monumento de su vida. Son ellas su verdadera vida. Hazlitt, en su obra *Pensamiento y Acción*, dice:

« No solamente las acciones de un hombre se borran y desaparecen con él, sino que hasta sus virtudes y sus más bellas cualidades le acompañan a la tumba. No hay más que su inteligencia que sea inmortal y que pueda transmitirse intacta a la posteridad. Las palabras son las únicas cosas que pueden durar eternamente. »

LA MARSELLERA

(1889)

Al golpe del ariete
caían con estrépito
del viejo fanatismo
los altos monumentos;
y de un rey, que inmolaron rebeldes
las iras del pueblo,
por las cortes de Europa vagaba,
cual negro presagio, el rígido espectro.

La joven guillotina,
aborto del infierno,
brillaba en las tinieblas
con fúnebres reflejos.
Ensayaba la máquina horrible
sus músculos recios,
y llenaban la atmósfera impura
efluvios de muerte, vapores de incendio.

Dios mismo contemplaba,
entre asombrado y fiero,
a Francia, convertida
en un cadalso inmenso;
y surgía sin mancha del fondo
del lago sangriento,
sonriente, tranquila y serena
la Themis heroica del mundo moderno.

Y de la pira enorme
en el fragor eterno,
aladas y candentes
cual ráfagas de fuego,
dominando del orbe irritado
los ruidos siniestros,
al conjuro del genio brotaban
las notas vibrantes del himno guerrero.

« ¡Al arma, ciudadanos. . . ! »
clamaban sus acentos;
y de la patria, herida,
al rudo llamamiento,
a cubrir la frontera lejana
volaban intrépidos
los leones del Sena y del Ródano;
los héroes futuros de Jena y Marengo.

No importa ya que Europa
desplegue sus ejércitos
desde el Danubio undoso
al alto Pirineo;
nada importa que Albión aperciba
sus naves de acero,
para ahogar entre ríos de sangre
al astro que irradia la luz del derecho.

La Francia, redimida
y redentora a un tiempo,
rechazará el ultraje
con soberano esfuerzo,

y escuchando del canto patriótico
los tonos coléricos,
llevarán sus legiones gallardas
a climas distantes sus ritmos de fuego.

¡ Oh, sacra Marsellesa !
Tus mágicos arpegios
recuerdan al espíritu
el despertar de un pueblo;
al vibrar tus acordes se siente
rodar con estruendo,
todo un mundo gastado y sombrío
que cede sus reales a un mundo más bello.

Despierta, himno gigante,
a los convulsos siervos
que duermen todavía
su letárgico sueño,
mientras brillan en todas las zonas
con vivo destello,
con fulgor inmortal y clarísimo,
del sol que encendiste los rayos espléndidos.

Que al poderoso impulso
de sus marciales ecos
abatan en el polvo
sus ídolos añejos,
o que humillen la faz, devorando
sus oprobio en silencio,
al sentir de las almas viriles
la burla acerada y el hondo desprecio.

Este hermoso canto, leído aisladamente, sin relación alguna a la época en que se escribió — 1889 — y a los acontecimientos que desde dos años antes — 1887 — se venían desarrollando en Puerto Rico, es simplemente un tributo de admiración pagado por el poeta al pueblo francés de la época de la Revolución. Mas, en ese candente poema su intención se oculta para aquél que lo lee sin tener en cuenta las circunstancias especialísimas de la época en que fué concebido por el poeta, circunstancias que hubieron de ejercer una poderosísima influencia en el autor, pues su actuación en aquellos años de agitación y malestar fué por demás activa e intensa. A la luz de aquellos acontecimientos vese clara la intención del poeta. Naturalmente, el canto glorifica a la Francia revolucionaria. Mas, ya en otras ocasiones había cantado la Musa del poeta al pueblo que proclamó *urbi et orbi*, y grabó en la Historia « los derechos del hombre ». Su poesía *Vox populi*, escrita en 1883, está inspirada en los tres principios fundamentales proclamados por la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Además, en su libro *Tropicales* — página 201 — el poeta, refiriéndose a las composiciones que dicho libro contiene, dice:

«...Y al pie de cada una aparece la fecha que le corresponde, a fin de que el público, al apreciar la forma y el fondo de esos ensayos líricos, pueda relacionarlos con la época en que se escribieron.»

Como se ha dicho en otro lugar, Muñoz Rivera se reveló poeta desde su temprana juventud. En 1882 — tenía él entonces 23 años de edad — escribió y publicó sus poesías *Vasco Núñez de Balboa y Varsovia*. Antes del año 1882 escribió sus poesías *Quejas del mar, ¡ Adelante!* y una colección que — según informa la hermana mayor del poeta — escribió en colaboración con don José Negrón Sanjurjo. Esa colección de poesías vió la luz pública en forma de libro, con el nombre de *Retamas*, y autorizada por los pseudónimos HERÁCLITO y DEMÓCRITO que correspondían a Negrón Sanjurjo y a Muñoz Rivera respectivamente. Para la época en que se publicó su ensayo épico *Vasco Núñez de Balboa* — 1882 — ya el público inteligente de Puerto Rico se había dado cuenta de que en el cielo literario borincano había aparecido un nuevo astro, el que recorría la órbita de su carrera artística con velocidad vertiginosa, irradiando al mismo tiempo intensa luz y vivificante calor. Todos comprendieron que un nuevo Sol había surgido por sobre el horizonte de nuestro mundo artístico.

Desde el año 1882 ya antes citado, los triunfos artísticos de Muñoz Rivera fueron numerosos. En 1883 escribe su gran canto lleno de optimismos y esperanzas, *Vox populi* — dedicado a su amigo don Luis R. Velázquez — y su no menos bella poesía *Ayer — Mañana* dedicada a uno de los amigos que más estimó el poeta, don Luis Pío Sanchez. Contrasta el pesimismo de que está saturada esta composición con el « contagioso optimismo » de que está impregnada la anterior. Joven, vigoroso, impulsivo, vehemente, lleno de nobles ambiciones, contrariado en sus aspiraciones personales, no es de extrañar este desahogo del poeta. ¡ Es el dolor la fuente más fecunda en inspiración para el artista !

En 1884 escribe el poeta su poesía *Horas de fiebre*, en siete cantos, y otra titulada *Historias tristes*. En 1885 aparecen *In excelsis*, *El fonógrafo* y *La estatua*, esta última escrita para la *Corona Poética* en honor del eximio orador puertorriqueño don Manuel Corchado. En 1886 da a luz su bella poesía *Crisálida*; en 1887, el año terrible de Puerto Rico, escribe *El paso del déspota*, colección de catorce composiciones cortas, llenas de un lenguaje ardiente, vigoroso, atrevido, contundente; valiente. « *El paso del déspota* » — dice el mismo poeta — « es un desahogo del patriotismo y fué inspirada por la tiranía brutal

que en 1887 castigó a los puertorriqueños. Aquel período es el más duro de la historia de Puerto Rico . . . »

Véanse los siguientes fragmentos de algunas de las composiciones que forman la colección titulada *El paso del déspota*:

De *Plus quam civilla bella* —

La soldadesca impone, beoda y turbulenta,
el bárbaro suplicio con furia criminal;
la ley es humo leve que arrastra la tormenta;
el pueblo pobre acacia que dobla el vendabal.

Se llenan de inocentes los negros calabozos;
se acusa en el tormento la víctima infeliz;
se escuchan por doquiera gemidos y sollozos,
y todos ante el déspota inclinan la cerviz.

De *Minha terra* —

Borinquen, la cenicienta,
no puede romper su cárcel,
porque faltan, vive Cristo,
mucho nervio en su carácter,
mucho plomo en sus colinas
y mucho acero en sus valles;
porque en sus campos no hay pueblo;
porque en sus venas no hay sangre.

De *A cualquier compatriota* —

¿ Qué es, en el fondo, el negro despotismo?
Un fantasma con miedo de sí mismo.

De *Turba multa* —

Bajo los anchos pliegues de una bandera
invicta en Arapiles y en Ceriñola,
una turba se ampara tosca y logrera,
hija degenerada de la altanera
raza española.

Montón a que los parias rinden tributo;
que en éxitos menguados te pavoneas;
¡ que de tu negra infamia logras el fruto
en días tempestuosos de sangre y luto!
¡ Maldito seas!

De *Alea jacta est* —

No, no cabe el abrazo de concordia
ni el ósculo de paz:
manando sangre la profunda herida
eternamente está.
Regó el ángel del odio la simiente
que empieza a germinar
y dijo airado al abatir el vuelo:
¡ jamás, jamás, jamás!

De *Judas* —

y en tu obra gozaron los verdugos;
y, de tu hazaña en premio,

a tus pies arrojaron la moneda;
a tu rostro el desprecio.

Si no apuraste ya, con firme pulso,
el pomo de veneno;
si respiras aún, traidor . . . ¿Qué hiciste
de los *treinta dineros*?

De *El General* —

Mirad: frente por frente se divisa
al viejo capataz de la mesnada;
ni un pliegue de bondad en su sonrisa;
ni un destello de luz en su mirada.

Ante ese monstruo, aborto del abismo,
aun hay quien pasa con la frente erguida;
en el alma el horror del despotismo
y el desprecio sublime de la vida.

Para enviarnos el terrible azote,
al infierno tal vez ingertar plugo
en un Nerón con rasgos de Quijote,
un Sancho con instintos de verdugo.

Es general sin luchas ni peleas,
sin hidalguía, sin honor, sin nada;
para cortar el vuelo a las ideas:
para eso sirve el filo de su espada.

En un estudio de la índole de éste, biográfico-crítico-educativo, cabe la reproducción de los fragmentos anteriores. Hacemos el estudio de un carácter y no podemos omitir rasgos tan salientes de su personalidad. Juzgamos a uno de nuestros hombres públicos más prominentes. No nos toca juzgar aquella época dolorosa de la vida de Puerto Rico. ¡ Ya está juzgada por la Historia !

Y refiriéndonos a la colección de poesías titulada *El paso del déspota*, preguntamos: ¿ revelan las palabras del poeta el valor del hombre? ¿ no es el temple de su verso igual al temple de su espíritu? Nunca hombre alguno en Puerto Rico dijo y sostuvo semejantes palabras, lanzadas airadamente al rostro de un déspota. La actitud de Muñoz Rivera en aquella época revela su acendrado patriotismo que lo llevó casi a la renunciación espontánea de su propio bienestar, de su libertad, y acaso de su vida . . . En esas poesías Muñoz se muestra al desnudo. Todas ellas fueron escritas « tal como fueron sentidas ». Ellas ponen de manifiesto una de las más hermosas virtudes que adornaron a aquel grande hombre: la sinceridad.

En el año 1888 produjo el poeta sus poesías *Confidencias* — dedicada a la señora Fernández de Elzaburu — e *Infernalia*, canto digno de la

pluma del Dante. En 1889 aparecen las composiciones *La Marsellesa*, *Nulla est redemptio*, *Suicidas* y *Al general Contreras*. De las dos primeras ya hemos tratado en otro lugar. En *Suicidas* hace el poeta una alusión a los acontecimientos políticos que ocurrieron en Francia hacia el año 1888; pero la factura general de la composición es un llamamiento al pueblo, a « su pueblo ». Véase esta estrofa:

El día que os ocurra
pensar en vuestro número,
y os levantéis, unidos,
sin miedo y sin tumulto,
seréis, con el derecho
y el orden por escudos,
los dueños de la tierra,
los árbitros del mundo.

La poesía *Al general Contreras*, dice el autor, « fué escrita por encargo y publicada en nombre de la juventud puertorriqueña. » Esa composición muestra cuán noble y puro era el corazón de Muñoz. Esa poesía es una manifestación palmaria de la hidalguía castellana innata en aquel gran hombre que supo dar a César lo que de César era. Esa poesía pone de relieve otra de las grandes virtudes que ennoblecieron el carácter de aquel heroico poeta: la justicia. El contraste

entre esta composición y aquellas otras — ya comentadas — que escribió defendiendo al pueblo contra la tiranía y la opresión es muy notable. Con el mismo valor con que apostrofó al tirano, encomió al hidalgo caballero y recto gobernante. Y en ambos casos — el de Palacios y el de Contreras — hizo justicia. La lectura y estudio de esa noble producción, llena de dignidad y altivez, ha de ser de un gran valor educativo para nuestra juventud. Esa poesía enseña « que nobleza obliga ».

AL GENERAL CONTRERAS

Jamás la triste musa borincana
vendió su honor ni profanó su luto
rindiendo, fementida cortesana,
a la lisonja vil fácil tributo.

Severa y noble en su infortunio grave,
alta la frente de laurel ceñida,
pudo plegar su vuelo, como el ave
que junto al cráter del volcán anida;

pero nunca, olvidando su grandeza,
se arrastró, por lograr seguro asiento,
al amparo de abrupta fortaleza
ni a la sombra de alcázar opulento.

Hija heroica del genio de Castilla,
Celosa de su estirpe soberana,
conserva aún la majestad de Ercilla
y el orgullo indomable de Quintana.

Y antes que se prosterne o se derrumbe
la dignidad viril de que blasona,
sucumbirá cien veces, cual sucumbe
el pueblo de Numancia y de Gerona.

Hoy la voz de Borinquen, conmovida,
los ecos llena de los patrios lares,
y aquí viene a arrullar tu despedida
con el áspero son de sus cantares.

Óyela, general: ella no miente,
ni mancha de sus alas el armiño,
ni fingir sabe la ansiedad ardiente
ni los vivos trasportes del cariño.

Un día la tormenta desatada
sobre nosotros con furor rugía;
todo un pueblo su atónita mirada
hacia la egregia España convertía.

La madre, al fin, calmaba tanto duelo . . .
y en tí vimos el iris de bonanza
que iluminó el confín de nuestro cielo
con la aurora boreal de la esperanza.

Tu mano tremolaba por doquiera
de la ley el magnífico estandarte,
y Themis reparaba, justiciera,
la sanguinaria ofuscación de Marte.

¿Cómo pagar la deuda contraída?
¿Cómo cumplir la obligación sagrada,
si la nave que aguarda tu partida,
presta a zarpar, se mece en nuestra rada?

¡Salud, señor! Tras la infinita anchura
del mar que te convida con sus olas,
pronto verás, radiante de ventura,
tus sonrientes playas españolas.

Cuando recuerdes el peñón perdido
en las revueltas ondas del *Caribe*,
piensa que allí tu nombre esclarecido
en cada humilde hogar culto recibe;

que aquella tierra, calumniada un día,
conserva eternamente la memoria
del que borró con noble bizarría,
la página más negra de su historia.

¡Que al gallardo bajel de tu existencia
impela con sus auras la fortuna!
¡Que a ser llegues la augusta providencia
del pueblo ilustre que arrulló tu cuna!

¡ Que mires siempre a tu carroza uncido
el genio tutelar de la victoria,
y triunfes de la muerte y del olvido
bajo un pliegue del manto de la gloria!

A partir del año 1887 la vida de Muñoz Rivera fué agitadísima. Sus luchas fueron incesantes. Mas, en medio de sus luchas políticas siempre halló tiempo el poeta para arrancar a su lira, siempre templada, melodías tan suaves como *Vendimiaria*, *Zorrilla*, *Viajes etéreos*; versos llenos de dignidad y valentía, como los de *Quia nominor leo* y *Pro patria semper*. Pero su vena artística durante esta década — 1887 a 1897 — además de ser fecunda por su producción, fué verdaderamente feliz en el último año de ese período de tiempo, cuando el poeta — cumplida la alta misión que en aquel año tuvo que llenar (en España) obedeciendo al imperioso mandato de su pueblo — regresa al lar nativo, tiende la vista hacia el pasado y añora los felices años de su infancia, recordando los lugares « en que fué menos desdichado » — según propia expresión del poeta — y nos deleita con los bellísimos versos de *Paréntesis*. En *Paréntesis* Muñoz es tierno, ingenuo, sentimental, algo pesimista. Su canto es dulce y triste como el del ruiñeñor que anida en las arboledas que rodean su pintoresco

pueblo natal. ¡ Tal vez con él aprendió a modular sus trinos! En esta bella poesía Muñoz piensa como hombre y siente como niño, y ese contraste se nota en muchas de las estrofas. En esta producción el poeta lírico se muestra en toda su grandeza. El verso es limpio, la expresión robusta, la forma delicada y el fondo sincero. El momento es crítico para el poeta-luchador. Ante la belleza escénica de los parajes en que se deslizó tranquilamente su infancia, el pensamiento cede su imperio al sentimiento. Mas, la realidad se impone una vez más, y su sueño « infantil » se trueca en sueño « de hombre », y recordando el poeta su « misión », su « ambición », da un doliente ¡ adiós! a aquellos poéticos lugares y renueva su propósito de persistir en la lucha que voluntariamente se impuso: la emancipación y felicidad de su patria.

PARÉNTESIS

*Dichoso aquél que no ha visto
más río que el de su patria.*

.

* * *

Tras diez años de luchas incesantes
quiero vagar, como antes,
junto a la margen del humilde río

que tantas veces ofreció a mis penas
la paz de sus arenas
y la quietud de su ribazo umbrío.

Corren aquí, cual líquidos cristales,
otras linfas iguales
a las que ví correr hora por hora;
en su murmullo lánguido y doliente,
el espíritu siente
toda una juventud que pasa y llora.

Yergue sus ramas el laurel añejo
que en el móvil espejo
de las aguas refleja su verdura.
Y los cactus de flores amarillas
ocultan las orillas
a modo de silvestre colgadura.

De las cercanas frondas en un hueco
se esconde el tronco seco
en que, al rumor de la corriente leda,
daban impulso a mi ambición temprana
las odas de Quintana
y los nerviosos cantos de Espronceda.

Nada se altera en el rincón querido;
hasta el leve ruido
que mis ensueños arrulló, persiste:
es el mismo paisaje; no varía;
lo encuentro como el día
en que le dije adiós convulso y triste.

En cambio, de mí propio ¿qué me resta?

Al subir la agria cuesta
rodó de mis quimeras el bagaje,
y, aunque huello con ímpetu el camino,
errante beduino,
tardo en llegar al término del viaje.

Arriba, lo ideal: foco de lumbre
que irradia en la alta cumbre
sobre los mundos su calor eterno;
abajo, lo real: nébula oscura
que tiene la negrura
de la noche y los fríos del invierno.

Y en la pendiente yo; fuerza que avanza;
voluntad que se lanza;
alma que busca la verdad perdida
y se sumerge en la penumbra densa
para sentir la intensa
vibración del esfuerzo y de la vida.

¿A dónde voy? Que el porvenir responda.

La sima es negra y honda;
pero es la abrupta cima ingente y clara.
Soy de los que en la liza perseveran,
y sin temblar esperan
la gloria o el peligro cara a cara.

Mi musa altiva, que el placer rehusa,
fué la trágica musa

contra todos los dogmas insurrecta:
armada con el yambo deslumbrante
 marchó siempre adelante
y, entre cien líneas, eligió la recta.

Nunca en el lodo de pasiones malas
 mi inspiración sus alas
quiso plegar; en la batalla ruda
un triple empuje a confortarme viene:
 mi aliento me sostiene;
mi fe me salva; mi intención me escuda.

Entre tanto aquí están mi soto umbrío;
 la margen de mi río;
el tronco entre la fronda abandonado;
el laurel verdinegro y la corriente
 que surgen de repente
como imágenes vivas del pasado.

Cuando ansío la calma y el reposo
 y, al azar, silencioso
en esta muda soledad me pierdo
sin que el bullicio mundanal me estorbe
 ¡cómo mi ser absorbe
el balsámico aroma del recuerdo!

Mis creencias, mis dudas, mis amores;
 las no olvidadas flores
que fuí dejando en pos, lacias y mustias;
las tumultuosas esperanzas mías;
 mis locas alegrías
y el inmenso caudal de mis angustias;

algo que dura en mí: caduca historia
que puebla la memoria
y evoco a veces, si en tristezas vivo,
para que agite mi organismo inquieto
con su influjo secreto
a manera de suave reactivo.

¡ Adiós, orilla plácida y amena
en cuya paz serena
respiro de otro ambiente la frescura!
¡ Adiós, remanso que en tu fondo guardas
las visiones gallardas
de mi primera edad dichosa y pura!

Vuelo a buscar más anchos horizontes:
la cuenca de tus montes
me oprime como un cerco de granito;
vuelo a encontrar más amplias perspectivas:
tus ondas fugitivas
no sacian ya mi sed de lo infinito.

La vejez llega; la existencia es corta.
Si mi destino aborta
y torno a demandar calma y olvido
¿ reservarás en tus riberas pías
el sitio que solías
a la altivez estoica del vencido?

No caeré; mas si caigo, entre el estruendo
rodaré bendiciendo

la causa en que fundí mi vida entera;
vuelta siempre la faz a mi pasado
y, como buen soldado,
envuelto en un girón de mi bandera.

Las constantes luchas políticas en las que Muñoz Rivera ocupaba un puesto de los más notorios, obligaban a la musa del poeta a permanecer muda por largos períodos de tiempo. ¡ La realidad no le daba un solo segundo para soñar ! Mas, aunque poco, su genio artístico aun produjo obras llenas de majestad y de belleza. En 1898 publicó Muñoz su simbólico poema *Sísifo*. Es esta poesía la historia del poeta-luchador narrada por él mismo en versos de una expresión vivísima, de una forma correcta, y en un lenguaje majestuoso. El poema contiene once cantos o jornadas. La gradación es natural. El poder descriptivo del poeta se revela en esta poesía en todo su esplendor. En ese poema « se ve la escena ». El símil se resuelve felizmente en la última jornada.

SÍSIFO

(1898)

I

Ha ofendido a los dioses inmortales
y purgará sus culpas.

II

Allá abajo,
sobre la línea imperceptible y vaga
en que el áspero monte — cuyas crestas
van a perderse en el espacio — linda
con la planicie desigual, el bloque
de granito, agrietado por el tiempo,
duerme inmóvil el sueño de los siglos.

Nadie a moverlo se atrevió: la empresa
es superior a la energía humana
y a la esperanza misma. Entre los hondos

III

y oscuros intersticios de la roca
fabricaron sus grutas los leones
de abiertas fauces y de agudas zarpas,
viajeros de otras tierras y otros climas.
Y ¿quién destruye el antro pavoroso
de donde brota sin cesar la muerte?

IV

De todas partes el rumor se eleva:
el bloque es un obstáculo, un peligro,
una amenaza y, para ciertos seres,
un deshonor. Confusa gritería
desciende al orco en que Plutón escucha.

— Sísifo — ordena — marcharás al punto;
sobre tus hombros echarás la mole,
la mole cuya inmensa pesadumbre
asusta y exaspera a los corintios.

Y no descansarás hasta fijarla,
sólida y firme, en la escarpada cima.
Ve adelante y trabaja. —

V

Resignado

pero indomable; con la altiva y ruda
dignidad de quien cumple su destino
y en su valor descansa, poco a poco
llega el titán a la planicie y busca
el peñon que sus fuerzas desafía.
Lo contempla hito en hito; gira en torno;
estudia sus cavernas seculares
y aplica el hombro a su gigante masa.
Todo inútil. Los monstruos le acometen
con infernal estruendo y los reptiles
clavan en él su envenenada lengua.
La multitud, del éxito dudosa,
le aplaude sin cesar; pero a distancia,
cual si temiese al rápido desplome.
Resiste el bloque al temerario impulso;
redoblan su tremenda algarabía
las bestias que en sus cóncavos se ocultan
y Sísifo jadeante se detiene,
medita y vuelve a comenzar.

VI

¿Quién osa
medir la angustia de las almas recias
que en frente del obstáculo se obstinan

hasta vencerlo o sucumbir? ¿Quién sabe lo que el ignoto pensamiento encierra en sus días de fiebre o de locura?

VII

El enviado de Plutón socava su peñasco: lo mueve, lo sacude, lo siente vacilar, dobla sus bríos, y lo levanta al fin sobre su dorso para emprender la ruta inverosímil hacia la ingente cumbre, nunca hollada. Allá va; de sus manos, que se adhieren al agrio risco; de sus pies desnudos; de su cuerpo que hieren los silvestres cardos y las ortigas punzadoras; de su frente, doblada bajo el peso, brotan la sangre y el sudor.

VIII

El monte con sus quiebras profundas, y sus cactus que tejen ancha red, y sus lagunas en que se hunde la planta, y sus repechos en que el hálito falta a los pulmones, le impide caminar. A cada instante la ascensión es más dura. El viento sopla como una tempestad; el sol calcina como una fragua; pero sube, sube y sube más, jornada tras jornada, y ve, cuanto más lejos el abismo, más próxima la cúspide suprema.

IX

Tal como un río de invisibles ondas
el tiempo corre al insondable piélago
de la callada eternidad. Un día
Sísifo huella la fulgente cumbre
y arroja en tierra su terrible carga.
De tanto esfuerzo Júpiter se asombra;
la multitud, ya libre, desde abajo
rompe en un hurra atronador y el héroe
erguido en el peñón, que le sostiene
como un enorme pedestal, sonríe
contento de su triunfo. El sol que nace
con su nimbo de rayos le rodea;
sobre su frente, el dombo de los cielos;
a sus pies, el obstáculo; y en torno
de los mundos, el ancho panorama.

X

Leve rumor que desde el norte llega
de súbito se extiende, y va creciendo
como el alud que la ventisca engendra;
el relámpago alumbra con sus cintas
de fuego el horizonte que se nubla
y se oscurece al fin; el rayo vibra;
el terremoto estalla y el peñasco
se desprende veloz, se lanza ciego,
rueda con furia hasta la sima y vuelve
a reposar tranquilo en sus cimientos
con espantosa precisión.

XI

En ese

símbolo amargo de la estéril lucha,
de la gloria pueril, jamás completa,
y del dolor, eterno como el mundo,
está toda la vida del poeta.

Años más tarde escribió Muñoz sus poesías *¡Go ahead, Patria! Paris, Pro patria semper* y quizás algunas más. Muchas de las poesías mencionadas en este estudio — la mayor parte — forman una colección seleccionada por el poeta y publicada en forma de libro con el título *Tropicales*. La edición de ese libro la hizo el autor durante su residencia en la ciudad de New York por los años 1901 a 1904. La última poesía de esa colección se titula *Mens divinior*. No lleva fecha al pie, mas, teniendo en cuenta que el libro lleva la fecha del año 1902, suponemos, desde luego, que en ese mismo año concibió el poeta esa poesía, y la escribió expresamente para cerrar su notable colección artística. *Mens divinior* representa un doble sacrificio: para el poeta es la renunciación espontánea de sus ensueños, deleites y ambiciones de artista; para los amantes de las bellas letras es la pérdida irreparable y amarga del bardo de estro espontáneo y enérgico, de arte delicado y pulcro, de lenguaje correcto, de expresión flexible y animada, de sensibilidad ingenua

y discreta. *Mens diviniior* es « el último canto del cisne ». Fué esa la última poesía de empeño. A partir del año 1902 no hemos conocido ninguna otra producción de fondo de nuestro malogrado poeta. Escribió versos, sí, pero trabajos de empeño, ninguno más realizó. *Mens diviniior* anuncia la determinación del poeta de dedicar todas sus energías, todos sus alientos, todos sus recursos, toda su vida, a la realización de su ideal de patriota.

Poeta no. Mientras al mundo falte
el brillo augusto del Apolo griego,
cual Palissy, para buscar mi esmalte,
iré arrojando mi taller al fuego.

Y enmudeció su Musa; y no vibró más su lira; y en pos de su ideal, en busca de « su esmalte », como Bernardo de Palissy, arrojó su taller al fuego, consumió su modesta fortuna, comprometió su propio bienestar y el de su familia. Como Palissy, fué un héroe de la voluntad y de la perseverancia. Como Palissy, « descubrió » ¡ por fin! el secreto del « esmalte », aunque su prematura muerte lo privó del merecido goce de su triunfo.

El somero estudio que hemos hecho de Muñoz-poeta presenta en todo su relieve su personalidad. Muñoz Rivera fué un « virtuoso » del arte poético.

El ideal artístico en Muñoz fué tan innato como su ideal patriótico. Fué artista y patriota porque nació artista y patriota. Y puso su genio artístico al servicio de su patria; y fué su patria lá fuente de inspiración de sus sublimes momentos de arte. Muñoz-patriota es solamente conocido y reverenciado por nosotros. Muñoz-poeta será el único conocido y admirado por la posteridad en todos los países de lengua castellana. Como dijo Fernández Juncos: « ¡ Tal es el privilegio indiscutible del arte ! »

VII

Hay naturalezas que se ven florecer y madurar en medio de las pruebas, mientras que en una atmósfera de reposo y de bienestar no harían más que marchitarse y declinar. — SMILES.

YA se ha dicho que la personalidad literaria de Luis Muñoz Rivera presenta múltiples aspectos. En su adolescencia y durante su temprana juventud, fué la forma poética rimada la modalidad predilecta para la exteriorización de su pensamiento. Y, patriota de nacimiento, puso su sonora lira al servicio de su ideal. Mas, con sus poesías viriles, candentes y patrióticas no logró despertar a su pueblo, a su patria, del sueño letárgico en que lo tenían sumido la ignorancia y

el servilismo nacido al calor de un gobierno corruptor, y creyó necesario infiltrar en el alma de sus paisanos las vivificantes ideas de patria y libertad como único medio de provocar una reacción saludable en el pueblo. Esa determinación firme y resuelta lo llevó a la arena del periodismo y empezó su altruista labor publicando artículos en varios periódicos que advocaban la implantación de un régimen liberal de gobierno en Puerto Rico. Desde sus primeros artículos — firmados ya con su nombre, ya con algún pseudónimo generalmente conocido — reveló estar dotado de una gran sinceridad y de un sereno valor. Osadamente puso de manifiesto todos los vicios, toda la corrupción del gobierno colonial de aquella época en Puerto Rico. Esa actitud le conquistó: de parte de los de « arriba », « del poder », la suspicacia, el rencor y el odio; de parte de los de « abajo », « del pueblo », una gran simpatía y una decidida adhesión de todos aquellos elementos sociales que se mantenían dignos y que no habían cedido ante la amenaza, ni claudicado ante el soborno corruptor.

Así comenzó este nuevo Mesías a regar la semilla del patriotismo entre sus hermanos. Su campaña periodística sostenida desde su solitario y pequeño pueblo de Barranquitas fué verdaderamente evangélica. Esa campaña fué el nuevo

« Sermón de la Montaña ». Desde allí, sin miedo ni reservas de ninguna clase, predicó a su pueblo los preceptos del « Decálogo de la Patria », y con su noble y valerosa actitud confortó a los que con él luchaban, y mostró a los demás el camino que debían seguir.

Semejante actitud produjo una gran indignación en las esferas gubernativas. Y, lo que es aún más doloroso, la indignación fué mayor entre los nativos sometidos servilmente al poder. Desde entonces el joven periodista se vió acosado por una ruin persecución. Mientras más subía el joven patriota en la estimación de los buenos puertorriqueños, mucho más bajaba en la consideración del gobierno. Los disgustos se multiplicaban; las denuncias oficiosas eran frecuentes, pero el carácter firme y decidido del periodista-luchador no se rindió. Sus esfuerzos también se multiplicaban y sus escritos — unos en prosa y otros en verso — aparecían en *La Revista de Puerto Rico* que dirigía el noble asturiano don Francisco Cepeda; en *El Clamor del País*, periódico editado en San Juan; en *El Buscapié*, periódico satírico dirigido por don Manuel Fernández Juncos; en *El Pueblo*, periódico ponceño, y en otros más.

Corría el año 1887. Gobernaba la isla el general don Romualdo Palacios, quien llegó a

estas playas el 23 de marzo de aquel año. ¡ Año terrible y doloroso para los puertorriqueños! ¡ Año de historia infame y vergonzosa para los reaccionarios que a nombre de la patria envilecían y mancillaban a la patria! Desde Aibonito — donde el déspota gobernador había establecido su cuartel — daba órdenes que eran obedecidas en todas partes con una fidelidad y con una exactitud dignas de mejor causa: órdenes de arresto; órdenes de encarcelamiento; órdenes de registros; y todas ellas productos del encono, del odio, del temor y del miedo nacidos del vientre prolífico de la Intriga fecundizada por el Anónimo. Una de las víctimas de aquellas indignidades que se realizaban a nombre de la Justicia fué don Francisco Cepeda, director de *La Revista de Puerto Rico*. En el mismo día en que este valiente periodista era cobardemente vejado en Ponce por uno de los esbirros — el coronel Arjona — del déspota, recibió Muñoz Rivera este mensaje que le envió un amigo de Ponce:

« Muñoz, amigo mío, venga usted: la *Revista* va a caer. Sosténgala. Crezca ante el país. ¿ Hay peligros? No importa. Escuche usted a su corazón, y vuele a ocupar ese puesto que deja vacío el heroico hijo de Asturias, que se sacrifica por nosotros. »¹

¹ De *Luis Muñoz Rivera. Su Vida. Su Política. Su Carácter*, por S. Dalmau Canet.

La *Revista* — dirigida por Cepeda, un español que hacía honor a España — era un obstáculo para el gobernante y su camarilla. Cada artículo de Cepeda era un dardo mortal dirigido contra la administración de la colonia. Cepeda no concedía reposo ni a los intrigantes ni al impulsivo y poco escrupuloso representante del gobierno nacional. Por eso fué Cepeda una de las víctimas. Era necesario paralizar aquella mano que, armada de acerada pluma templada con la Razón y la Justicia, marcaba al pueblo el sendero que debía seguir para conseguir su liberación, y sellaba la frente de los tiranos con el estigma de « verdugos ».

Muñoz Rivera admiraba a Cepeda. Leía sus artículos con religiosa atención y las doctrinas que en ellos bebía acabaron de templar aquel carácter que por naturaleza era decidido e indómito. El joven luchador — tenía entonces 28 años — recibió en Barranquitas el mensaje que le enviara uno de sus amigos de Ponce, y sin vacilar escribe a la esposa de Cepeda ofreciéndose incondicionalmente. Al ofrecerse decía:

« Distinguida señora:

Sé que es usted dignísima compañera del hombre benemérito que vale, él solo, más que un país entero. En estos instantes de prueba dolorosa, envío, por conducto suyo, a mi ilustre amigo Cepeda, el testimonio de mi adhesión absoluta en todo y por todo.

La ira y la indignación sacuden con fuerza mis nervios; el coraje y la vergüenza suben a mi rostro en oleadas de sangre. He escrito hace dos días a Ponce ofreciendo mi pluma humilde, pero viril, para sostener sin miedo la bandera de la *Revista*.

Conozco las consecuencias y las acepto sin vacilar.

Ante el peligro los reptiles se arrastran y huyen: los hombres se yerguen y combaten.

Días son éstos, para usted y para todos, de hondas amarguras y de infinita desolación.

Mitíguelas un consuelo: Cepeda es el ídolo de los que tenemos corazón para sentir sus desgracias y valor para ponernos a su lado.

Que reciba él, en esa cárcel, que es su apoteosis, el estrecho abrazo de un amigo fiel.

Usted, señora, vea en qué puedo serle útil, y ordene a su amigo que la admira y

B. S. P.

LUIS MUÑOZ RIVERA. »¹

El valiente y joven periodista abandonó su pueblo natal y fiel a su propósito y a su promesa fué a Ponce. Mas, llegó tarde. La *Revista* había dejado de existir.

Lo infructuoso de su esfuerzo y de su rasgo de heroico patriotismo no podía empañar la visión de las esperanzas que este joven y decidido

¹ De *Luis Muñoz Rivera. Su Vida. Su Política. Su Carácter*, por S. Dalmau Canet.

batallador ofrecía a su país. Ese gesto de Muñoz, realizado en plena luz, a la faz de oprimidos y opresores, es único en la historia de Puerto Rico. El gobierno adquirió la certeza de que había aparecido un peligroso y tenaz combatiente, animoso y lleno de arrestos juveniles a quien había que observar de cerca y eliminar sin pérdida de tiempo. El pueblo presintió que en el joven paladín iba a encontrar su Guía.

Cuando esto acontecía, ya Muñoz Rivera era bien conocido como colaborador de varios periódicos políticos y literarios. Sin



Luis Muñoz Rivera a los 31 años

embargo, el joven escritor no podía conformarse con los estrechos límites que su condición de simple colaborador le imponía, y comprendiendo que la obra en que se había empeñado era magna, difícil y larga, y que para lograr un buen éxito se

necesitaba un campo de acción amplio donde sus actividades pudieran desarrollarse con la menor cantidad de limitaciones, se propuso tener un periódico; y perseverante y decidido, venciendo toda clase de dificultades fundó *La Democracia* en la ciudad de Ponce, publicando el primer número el día 1 del mes de julio del año 1890. Tenía Muñoz Rivera entonces 31 años de edad.

De cómo hizo su aparición el nuevo paladín en el palenque del periodismo puede tenerse una visión clarísima con la lectura de su primer editorial en *La Democracia*. Ese artículo, por su forma y mucho más por su fondo, es bastante para presentar a su autor como un periodista de primer orden. En él hace Muñoz Rivera su profesión de fe a la faz de todos, sin vacilaciones, sin ironías, sin alardes, con claridad, con energía, con sinceridad. Ese artículo condensa el programa, el plan de campaña que el joven luchador se propuso desarrollar. Al morir el ilustre fundador de *La Democracia*, treinta y seis años después de haber visto la luz pública su periódico, todavía se mantenía éste fiel al programa que su fundador le impuso como única e invariable norma de conducta. Si el verso de Muñoz Rivera fué dardo acerado para los enemigos de las libertades puertorriqueñas, su prosa fué látigo que flageló constante, valiente y caballerosamente a los mer-

caderes de la administración y de la política del país.

La prensa, cuando el periodista tiene plena conciencia de su alta misión, es un apostolado. Ningún gobierno genuinamente democrático puede subsistir si le falta el apoyo de la prensa, pues un gobierno democrático es un gobierno de opinión, y la prensa, cuando cumple con su deber, es la única y verdadera representación de la opinión pública, pues es su barómetro, su heraldo. El maestro y el periodista son los dos factores más importantes de las sociedades democráticas: el primero guía a la niñez y la prepara para la vida ciudadana, el segundo guía o refleja a la opinión pública y la prepara para la lucha intensa del movimiento político-social; el primero lleva su influencia a la generación del porvenir, el segundo la lleva a la generación del presente; el primero reforma el hogar, el segundo reforma la sociedad. En los países verdaderamente democráticos (donde el estado es, en puridad de verdad, el pueblo) la escuela y la prensa son los verdaderos poderes del pueblo, pues son las columnas sobre las que se levanta la gigantesca estructura de su progreso.

Tuvo Muñoz Rivera desde el comienzo de su vida política una clara concepción de sus deberes como periodista. La generación actual conoce perfectamente bien el final de su carrera gloriosa

de heraldo de la opinión pública. Mas, desconoce por completo el principio de esa apostólica labor que duró veintiséis años. La juventud estudiosa y viril de nuestro país ha de derivar provechosas enseñanzas de la lectura del artículo inicial de la campaña formal periodística del gran patriota. Ese artículo revela estudio, reflexión, sinceridad, confianza y determinación. Rasgos son éstos que debieran siempre imitarse.

EN CAMPAÑA

(Fragmentos)

« Hemos nacido en tierras de Borinquen que son tierras de España como las de Cádiz y Cantabria; hemos luchado con la pluma, con la palabra, con el voto, por el triunfo de la causa liberal, y aunque no alcanzó nuestro nombre los halagos de una popularidad ruidosa, nuestro pasado, en que nadie podrá encontrar la sombra de una apostasía ni la mancha de una perfidia, responde plenamente de nuestro porvenir.

Por nuestra parte declaramos que *La Democracia* acudirá a todos los terrenos en que se pretenda probar el temple de su espíritu, menos al terreno cenagoso en que el vaho de la insolencia manche nuestra pluma y el lodo de la calumnia salpique nuestra frente. »

De ese modo entró Luis Muñoz Rivera en la arena del periodismo: de colaborador se convirtió

en director y trocó la limitada responsabilidad de un artículo por la gran responsabilidad de un periódico. Como articulista fué vocero de su propio pensar y sentir. Como director se convirtió en heraldo del público sentir y pensar. Y se inició haciendo frente a un gobierno nacional ignorante de lo que en Puerto Rico ocurría, y a un gobierno local brutal y sin escrúpulos.

En puridad de verdad, Muñoz Rivera no hizo nunca una campaña contra España, sino contra sus representantes, ora por sus abusos del poder; ora por sus olvidos de las necesidades del pueblo; a veces por sus debilidades al sancionar las intrigas de los mercaderes de la política incondicional; o por sus despotismos y sus crueldades. Hizo campaña, y campaña terrible, contra los españoles peninsulares cuya única ambición fué monopolizar la política regional dándole al régimen carácter burocrático, y los que para lograr sus fines acudieron siempre a la anulación radical del elemento nativo por medio de la intransigencia, de la intriga, de la calumnia, de la delación anónima, de la persecución gratuita, de la prisión, del tormento, del vejamen . . . Hizo campaña, guerra sin cuartel, contra los que habiendo nacido en Puerto Rico negaron a su madre y se unieron a sus enemigos para atacarla, para humillarla, para esclavizarla. A los primeros les llamó

tiranos; a los segundos, verdugos; a los últimos, traidores.

Contra esos tres enemigos poderosos combatió siempre Luis Muñoz Rivera. Pero esos enemigos no eran España. Muñoz no fué anti-español con España, como no fué anti-americano con Estados Unidos. En España Muñoz vió siempre la Historia. En Estados Unidos vió siempre la Libertad y la Democracia. Para ambas siempre tuvo respeto y admiración. Muñoz fué neta, sencilla y únicamente Puertorriqueño. Parafraseando a Bruto¹ al justificar ante el pueblo romano la muerte de César, Muñoz pudo decir: « No es que ame a España menos, sino que amo a Puerto Rico más. »

Para los españoles que por su labor perseverante, intensa y honrada ayudaban a desarrollar las fuentes de riqueza del país, y para los que al llegar a estas playas daban su cooperación para la felicidad de este pueblo, pagando así la hospitalidad que en él habían recibido, para éstos siempre tuvo Muñoz aplausos, amor, consideración y respeto.

Muñoz era de carácter vehemente y un poco

¹ "Not that I loved Caesar less, but that I loved Rome more."
(No es que yo amase a César menos, sino que yo amaba a Roma más.) — De *Julius Caesar*, por W. Shakespeare.

impulsivo, y se le acusó de ser un opositor sistemático del régimen español en Puerto Rico. Mas, la crítica serena ha de admitir que su actitud fué la lógica consecuencia de la situación: ante un régimen sistemáticamente malo, se hizo necesaria una oposición sistemáticamente fuerte.

La larga e intensa labor periodística de Muñoz Rivera tuvo siempre como objetivo principal la defensa de su terruño, la exaltación de su pueblo al pleno goce de una vida políticamente liberal y económicamente sólida. Su periódico nunca respondió a las necesidades de una empresa, sino a las necesidades del pueblo. El ambiente político-oficial no era propicio para que el ideal liberal prosperase: en las esferas superiores reinaba la indiferencia; en las inferiores imperaba la ignorancia. Ante un gobierno sordo y un pueblo ciego, el espíritu más fuerte hubiera vacilado antes de emprender una lucha que prometía ser infecunda por la esterilidad del terreno y la hostilidad del ambiente en que había de desarrollarse. Muñoz no vaciló, pues era un convencido de la Verdad, y estaba inspirado por la Razón y sostenido por la Fe. Y sus artículos, claros y precisos, escritos en un lenguaje correctísimo y con un estilo vibrante y viril, fueron como los marronazos de un herrero que con brazo vigoroso machacase hierro candente sobre

su yunque. Sonó tanto su *martillo* que el Sordo — el Gobierno — oyó; y los chispazos que produjo su constante machacar fueron tantos y de luz tan viva, que el Ciego — el Pueblo — comenzó a ver.

Muñoz dió al periodismo los años más intensos de su vida intensísima, y a su periódico su fortuna, heredada de sus padres y amasada honrada y perseverantemente por éstos. Muñoz-periodista persiguió el mismo ideal que Muñoz-poeta: la liberalización, el engrandecimiento y la felicidad de Puerto Rico.

El éxito de *La Democracia* fué rápido. En poco tiempo el nuevo vocero obtuvo la confianza, el apoyo y la protección de todos los elementos de todas las clases sociales que advocaban el advenimiento de un régimen liberal de gobierno para Puerto Rico. La lucha fué ruda: las dificultades se multiplicaban obstaculizando su labor; la intransigencia envenenaba el ambiente político; las amenazas querían paralizar su pluma varonil y elocuente; las intrigas se cernían sobre su cabeza; los anónimos se prodigaban escandalosamente; las delaciones fueron frecuentes; las alusiones encubiertas — de otros periódicos enemigos de Puerto Rico — para malquistar al periodista y su periódico con el gobierno eran diarias. Mas, Muñoz se había trazado una línea recta en el cumplimiento de su deber y de

esa recta no hubo poder que lo apartase. ¡ Ejemplo digno de admiración y de imitación !

La lucha continuó, y el periodista fué denunciado y procesado frecuentemente. Mas, Muñoz se mantuvo fuerte ante sus enemigos sin que las persecuciones de éstos ejercieran ninguna impresión en él. Muñoz, como todos los grandes hombres, tuvo que pasar por el aprendizaje de las dificultades, pues son éstas la piedra de toque del carácter. Pero la adversidad sólo consiguió fortificar su naturaleza, su voluntad.

Mas, si la lucha, la persecución, la desgracia, no lograron hacer mella en aquella voluntad de hierro, en aquel corazón gigantesco, causaron serios desórdenes en su organismo físico. Su cerebro, aquel cerebro fecundo en ideas elevadas, altruistas; aquel cerebro que durante más de diez años había sido una fuente inagotable de nobles pensamientos y sublimes concepciones, dió muestras de fatiga, de debilidad, y con el doble dolor de tener que abandonar, aunque temporalmente, su isla y su periódico, embarcó hacia la vieja Europa para buscar en el clima fresco y saludable de la madre histórica, reposo y salud. Sus deseos de conocer a España, la España caballerezca y heroica que él tanto admiraba y amaba, la España literaria que él tanto estudiaba, se realizó por fin.

Muñoz abandonó las playas de Puerto Rico el día 4 de mayo de 1895, y apenas llegó a España comenzó a escribir sus interesantes crónicas tituladas *Desde Madrid*. La primera lleva la fecha del 28 de mayo de 1895 — ¡ 24 días después de haber salido de Puerto Rico! — y se publicó en *La Democracia* en el número del 14 de junio siguiente.

Si como editorialista fué Muñoz eminente, como cronista fué notable. Sus crónicas eran verdaderas fotografías de la España oficial, de la España política, de la España literaria.

Aunque sus crónicas estaban saturadas de todas las impresiones que su espíritu sensitivo y delicado era capaz de absorber, la nota política era el objetivo principal de ellas. Muñoz visitó los políticos de más renombre y de mayor influencia; a los periodistas y literatos más connotados del mundo madrileño. Asistió también a las sesiones del Congreso Nacional, especialmente cuando se discutían asuntos de Cuba o de Puerto Rico. Todas sus impresiones se reflejaban en sus célebres crónicas.

Estando en Madrid recibió la noticia de la muerte de su amado padre, ocurrida en Barranquitas el 14 de agosto de aquel año. Y con fecha 28 del mismo mes y año escribió Muñoz su crónica *Desde Madrid*, la que dedicó casi por completo a la memoria del autor de sus días.

Por su alto valor moral y literario reproducimos a continuación esa bellísima crónica.

DESDE MADRID

Agosto 28 de 1895.

Después de ocho días de lúgubre inacción, vengo a cumplir mi deber con los lectores de *La Democracia*.

No hablo, no quiero hablar de mis angustias. ¿Para qué? Póngase en mi lugar cada uno de mis amigos y comprenderán todos el dolor que me abrumba.

Los correos de Puerto Rico me traen siempre noticias terribles: los obstáculos que — a pesar del apoyo del país — rodean a este periódico, asediado por injustas y arbitrarias persecuciones; el duro encarcelaje de Mariano Abril; el incendio de mi aldea nativa; el luto y la tristeza en el hogar de Negrón Sanjurjo; la muerte de mi padre . . .

Es el bárbaro crescendo de una fatalidad sin medida.

Y yo acá, lejos de la patria, recibiendo golpe tras golpe, sintiendo que me anonada el martilleo de la desdicha sobre mi frente, temblando antes de abrir las cartas y los despachos que llegan; ansioso de volar a la orilla ignota en que poco a poco se derrumba en la nada lo que más amé en el mundo.

Lo que sufro no encontraría fórmula de expresión en el idioma.

Las lágrimas no curan heridas tan hondas: si las curasen yo sólo conservaría la indeleble cicatriz.

Como en las crisis de mi espíritu fué el trabajo mi

eterno refugio, acudo al pupitre, dejo que corra la pluma, y sigo dando a mis compatriotas la esencia de mi pensamiento.

La Democracia, hoy más que nunca, ha menester mis pobres páginas negras; yo sé sobreponerme a mi duelo para que, en las horas del temporal que el diario desafía no falte el contingente que ofrecí a mis nobles compañeros de vía crucis.

* * *

Ahora, choque o no con los convencionalismos humanos y con las costumbres sociales, satisfago un anhelo de mi alma, rindiendo el tributo a la santa memoria del hombre que me dió el ser; que me guió siempre por la senda de la virtud y del honor y que esculpió en mi cerebro de niño ideas de abnegación y honradez.

No intentaré una biografía. Ni es fácil intentarla. Una existencia sencilla y clara; una vida pública sin combates y sin estrépitos, pueden sintetizarse en cuatro rasgos. Quien desdeñó a su paso por la tierra, los vertiginosos clamores de la notoriedad, no necesita en su asilo de la tumba, ni aun las vanas retóricas del epitafio.

Recuerdo a mi padre desde que contaba yo siete años.

La revolución de Septiembre sacudía en España y en sus colonias a las muchedumbres; sentíase el advenimiento de una radical metamorfosis y comenzaba el génesis de los dos partidos políticos en que más tarde se dividió la ínsula.

Mi padre, descendiente de españoles que pelearon contra Bonaparte y contra Bolívar por la dignidad y por la integridad de la patria, educado en los principios más severos de las escuelas históricas; enamorado de las tradiciones legendarias que en su propio hogar recibían culto; fanático de una doctrina para la cual era inconcebible la ley sin el ejército y el estado sin el rey, puso su influencia y su prestigio al servicio de los que a la sazón se llamaron liberales-conservadores.

Así aparecía en pugna con los intereses de su propia tierra, contribuyendo a que en su villorrio y en su distrito se formase un núcleo capaz de resistir al empuje vigoroso y a la acción entusiasta de los patriotas puertorriqueños.

Y así le halló el hecho brutal de Pavía. Y así también el golpe de Sagunto.

* * *

Nombró don Práxedes Mateo Sagasta a don José Laureano Sanz gobernador general de la isla. Aquel soldado funesto arribó a nuestras playas, y comenzó el período despótico en que lo absurdo resultaba probable y en que no existía más norma que el capricho del tirano.

De un único mandoble, rodaron heridos de muerte, la diputación y los ayuntamientos populares. *La Gaceta* insertó un *úkase* en que se designaban delegados del César en todos los pueblos. A mi padre correspondió Barranquitas.

El mandato imperativo no admitía excusas.

Yo no olvido aquella triste efeméride. Mi padre

iba a llenar funciones que repugnaban a su índole personal. Pero sin medios de negarse al cargo, tomó posesión de la alcaldía, dejó en sus puestos a los servidores del régimen republicano, y presentó al instante su renuncia.

Apremiábanle los suyos para que « limpiase el comedero » a sus adversarios, para que vengase las supuestas injurias; para que humillase la arrogancia « reformista ».

La situación no toleraba vacilación ninguna. Y él, sin embargo, mantuvo *à outrance* su actitud, y mientras el gobierno le designó su sucesor, los radicales de Primo de Rivera continuaron en sus destinos.

Yo, que no había cumplido tres lustros, al par que aprendía a aborrecer a los opresores del terruño, me enorgullecía de tener un padre capaz de prescindir de sus compromisos de sectario para ofrecer homenaje « práctico » a la honradez y a la justicia.

¡ Ay, si de todos los conservadores fuese dable decir tanto !

* * *

En aquel punto comenzó a debilitarse la fe monárquica de mi progenitor.

Fué consecuente. Su voto cayó una y otra vez a la urna en pro de los cuneros integristas. Pero no aceptó ningún cargo público; no quiso ser concejal, ni alcalde, ni diputado provincial, no se prestó a presidir el comité ni a extremar la propaganda, ni a buscar prosélitos. Seguía fiel a las ideas conservadoras. Pero no las veía en la realidad como las forjara en el

ensueño. Y se retiró con sus desencantos al fondo del hogar sin que le manchase el fango de las concupiscencias de que jamás quiso convertirse en cómplice.

Porque hay un signo más añejo de su devoción hacia lo justo.

Allá en 1871, se abrió en Puerto Rico una información para que las personas de cierto valer emitiesen su juicio acerca de la esclavitud. Mi padre afirmó que debía abolirse de raíz, sin indemnización a los dueños de esclavos.

Uno de esos dueños era él.

Y hay también un signo más reciente.

Allá en 1887, se flagelaba en Ponce, en Juana Díaz, en Yauco, en San Germán, en Mayagüez a infelices campesinos. Los cablegramas inundaron a Madrid, y los seides del general Palacios, anhelando justificar tan viles desafueros, organizaban una serie de adhesiones integristas en favor del autócrata.

A tal solicitud respondió mi padre:

« Yo no firmo eso. Tráiganme Uds. una protesta contra el general Palacios, y la suscribiré. Para tales hazañas, antes que mi concurso, mi reprobación absoluta. »

Son palabras textuales.

* * *

Iba a renovarse en 1889 la Diputación provincial.

Los autonomistas de Barros, Coamo y Barranquitas, en asamblea, según prescribe la carta constitucional del partido, me eligieron candidato por 1221 sufragios.

Juana Díaz se opuso. Y no sé por qué cábalas —

ni traté de averiguarlo — mi nombre salió derrotado. Un amigo entrañable, que hoy es director jurídico, alcanzó la victoria.

Los incondicionales, ganosos de dividir nuestras fuerzas, me ofrecieron sus votos.

No los acepté.

El acuerdo colectivo me obligaba, y yo mismo depositaría mi boleta por don Manuel Rossy.

Pero hábiles ellos, arrojaron al palenque el nombre de mi padre, intentando cohibir mi esfuerzo y ganar la batalla por la confusión y por la sorpresa.

Salí de los baños inmediatamente hacia Barranquitas. Mi padre me esperaba.

He aquí sus frases.

« Conozco tu situación. Juzgándote por mí, comprendo a lo que vienes. No necesitabas venir. Tu deber es apoyar a Rossy contra mí. Cúmplelo. ¿Para cumplirlo has de publicar un manifiesto? Publícalo. Yo no admito esa candidatura. Si saliese vencedor, dimitiría. »

Yo abracé llorando a mi padre.

Y a la mañana siguiente se repartía en el distrito a millares el manifiesto en que Luis Muñoz Rivera rogaba a sus amigos que votasen a don Manuel Rossy Calderón contra don Luis Muñoz Barrios.

Tal era el hombre, extraordinario en nuestros tiempos, a quien debo la desventura de haber nacido. No tuvo culpa. Quizá, al engendrarme, creyó que me lanzaba a un planeta más bello y más feliz.

Alcalde durante quince años, no ejerció su autoridad

con saña, ni siquiera en la época en que un Alcalde podía hacerlo todo impunemente.

Notario luego, en su despacho no asomaron ni una sola vez el negocio leonino, el cohecho inmoral, su faz aleve y repugnante.

Si lo primero, la ley servíale de norma; si lo segundo, el arancel trazábale su círculo.

Amasó centavo a centavo su modesta fortuna, y nadie se atrevió a proponerle venalidades indignas.

Escuchando sus consejos, aprendiendo sus máximas, admirando sus ejemplos, cumplí en Barranquitas treinta años.

Y aquel caudal me sirvió para afrontar sereno la lucha por la libertad de Puerto Rico; y aquel recuerdo perenne me confortó en los trances amargos; y aquella sencillez de alma me enseñó a no abatirme en la derrota y a no envanecerme con el triunfo.

Hoy la venerable cabeza cae en el sepulcro, y no estoy allí para estampar sobre la gélida frente el beso último; para pronunciar el supremo adiós.

Padre mío: si hay algo más allá de la muerte; si tu existencia se prolonga a través de lo infinito; si existe un cielo que te abra sus puertas, padre mío, bendíceme.

LUIS MUÑOZ RIVERA

La labor periodística de Muñoz Rivera fué intensísima. Su pluma integérrima no concedió nunca tregua ni descanso a los enemigos del pueblo. Los abusos continuaban. Mas, tam-

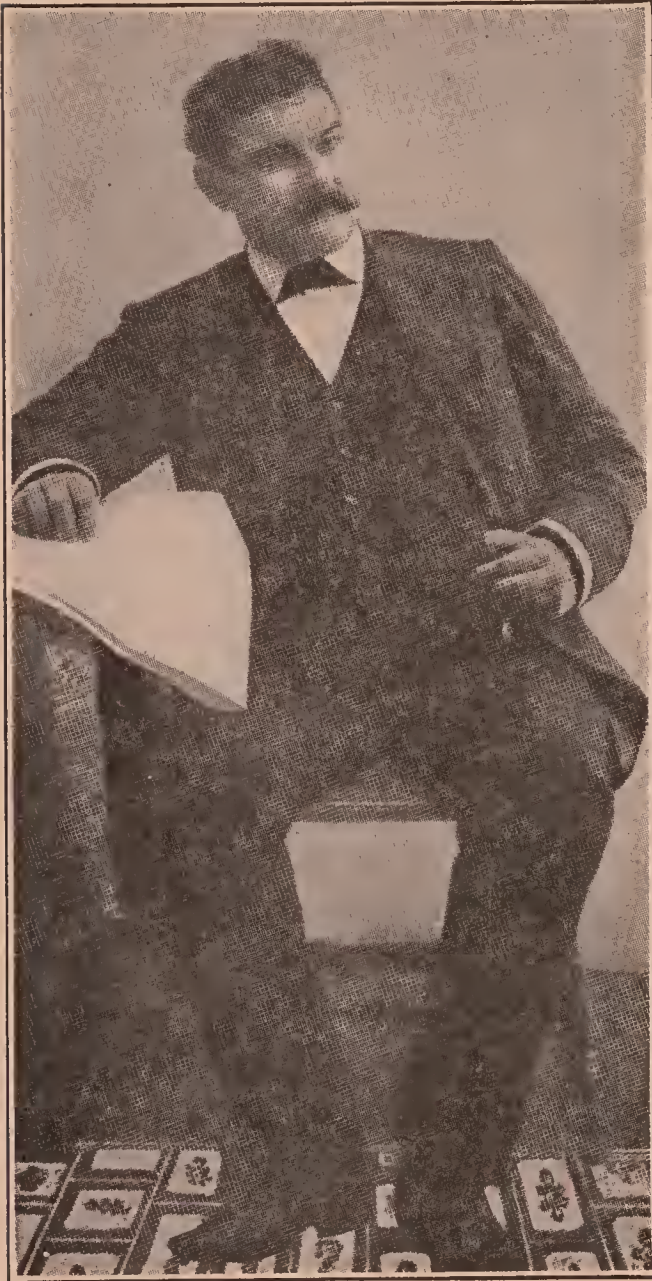
bién continuaba la protesta viril del joven luchador. Las amenazas pretendían detener aquella pluma valiente, y sólo conseguían darle nuevos motivos para protestar, y acusar, y señalar. La causa del pueblo tuvo siempre en Muñoz Rivera un decidido y leal protector. Una prueba elocuente de esto puede encontrarse en la campaña que Muñoz hizo contra el sistema de tarifas aduaneras que de modo arbitrario e injusto trató de imponer al país el Sr. Romero Robledo, Ministro de Ultramar en el gobierno nacional. La actitud de Muñoz fué por demás decidida, enérgica, arriesgada, desinteresada y patriótica. Más tarde, con motivo del celeberrimo asunto de « los fósforos » — negocio exclusivo de unas cuantas empresas industriales que gozaban del favor oficial — hizo Muñoz una campaña de oposición de las más enérgicas de su vida. Si su patriotismo estuvo a gran altura en este asunto, su honradez brilló con fulgor intensísimo. ¡ Aquella pluma ni se rindió ni se vendió ! Semejante actitud ante un gobierno corrompido y rodeado de una camarilla sin escrúpulos de ningún género tenía que resultar en denuncias, acusaciones, molestias, y disgustos de todas clases. Cuarenta veces, por lo menos, fué denunciado Muñoz Rivera durante la dominación española en Puerto Rico, y en honor a su memoria puede decirse que

ninguna de esas denuncias fué por causa infamante. Más tarde, cuando Puerto Rico ya había pasado al dominio y gobierno de los Estados Unidos, fué nuevamente denunciado y acusado, y contestando a la pregunta del Juez-Presidente del tribunal que lo juzgaba y que inquiría de él si había sido acusado alguna vez en su vida, contestó con calma y sencillez:

« Cuarenta y dos veces, Señor Presidente, y todas por el delito de hacer una patria donde otros hacían una colonia; de defender a los débiles contra los fuertes; de estar incondicionalmente al lado del pueblo cuando otros estaban incondicionalmente al lado del gobierno; como ahora, Señor Presidente. »

Además de *La Democracia* editó Muñoz Rivera otros periódicos, entre ellos *El Liberal* (1897), *El Diario de Puerto Rico* (1900), *The Porto Rico Herald* (New York, 1901). *El Liberal* fué una consecuencia de la incorporación del Partido Autonomista Insular al Partido Liberal Español. *La Democracia* continuaba sus campañas desde Ponce; *El Liberal* fué el órgano del Partido Liberal Insular, y hacía sus campañas desde San Juan. Cuando el Partido Liberal se convirtió en Partido Federal, apareció *El Diario de Puerto Rico*. La campaña que Muñoz hizo contra la administración americana del gobernador Allen

— primer gobernador civil de Puerto Rico bajo la soberanía de los Estados Unidos — fué franca,



Luis Muñoz Rivera en el 1900

valiente y altamente patriótica; deseaba Muñoz que Puerto Rico se amoldase al sistema americano, y para ello advocaba el afecto y consideración mutuos entre ambos pueblos; combatía la política burocrática que se estaba desarrollando con la llegada continua al país de docenas y docenas de « candidatos a empleos » en el gobierno de la isla; combatió los abusos y para combatirlos dijo

siempre la verdad clara, diáfana, escueta, desnuda, y en un lenguaje que podían entender todos.

Mas, haciendo justicia a la verdad, la campaña más fuerte de Muñoz en *El Diario de Puerto Rico* no fué dirigida contra el poder nacional constituido en Puerto Rico, sino contra cierto poder local que amparado por la indiferencia y por la ceguera y sordomudez de aquel poder nacional constituido, había iniciado una era de terror en la isla, sobre todo en San Juan. El resultado de aquella poco edificante política puede condensarse en breves palabras: *El Diario de Puerto Rico* fué destruido.

La desaparición de *El Diario de Puerto Rico* no dejó al país huérfano de un vocero que lo defendiese de los burócratas del norte y del trópico, pues *La Democracia* continuó combatiendo por la causa sagrada a que su fundador había dedicado toda sus energías y todos sus recursos. Mas, para Muñoz, ya no fué posible seguir viviendo en Puerto Rico. Su vida estaba en peligro y él debía defenderla, pues la había consagrado a su patria. Personalmente Muñoz no abrigaba temores: «... tengo absoluta confianza en la cobardía de mis enemigos... son siervos que no saben ser asesinos...» — así escribía a un familiar que le brindó su casa y su fortuna. Pero como *leader* y como jefe de partido él estaba obligado a no arriesgar su vida. Y Muñoz se sacrificó, abandonando su patria. Se expatrió voluntaria-

mente para evitar nuevas vergüenzas a la patria, y para poder defender a ésta en un ambiente donde la Justicia y la Libertad no son meros mitos; en un país donde una imprenta recibe el mismo respeto que un templo; y protegido por un gobierno verdaderamente democrático. El 23 de mayo de 1901 embarcó Muñoz con rumbo a New York. En la ciudad imperial fijó su residencia y dos meses más tarde fundó *The Porto Rico Herald*. Era entonces primer magistrado de la nación el magnánimo presidente McKinley. En su salutación al Presidente escribió Muñoz:

« No se publica [el nuevo vocero] para hacer campaña contra la administración de que sois jefe soberano; se publica para que sepáis vos y para que sepa el pueblo de los Estados Unidos la verdad de lo que ocurre en una colonia que desespera y sufre al ver que, mientras en su territorio se muere de hambre bajo el despotismo, los informes oficiales la presentan feliz y la declaran contenta de su ruina y de su servidumbre.

« ... No se limitará nuestra labor a unas cuantas censuras: unirá las pruebas a las afirmaciones y pondrá ante vuestros ojos hechos que desconocéis, pues si los conociérais no los consentiríais, ya que en vuestras manos está el honor nacional, comprometido por los que, en nombre de la libertad, sumergen a los

dominios americanos de Ultramar en la esclavitud más injusta y degradante. »

Y comentando el disgusto de los puertorriqueños añadió:

« No es culpable el pueblo de Puerto Rico. Él tuvo municipios liberales, como los americanos, y supo administrar su fortuna; él tuvo su sufragio universal, como el americano, y supo votar con tranquilidad perfecta; él tuvo una Cámara y un Gabinete autonómicos, y supo emplearlos para el bien; él demostró durante medio siglo su pasividad, rayana en la manse dumbre. Y es en verdad extraño que esas virtudes se pierdan y se disipen cuando debían acentuarse y robustecerse en el contacto de las instituciones de una gran república. »

The Porto Rico Herald cumplió fielmente el programa que su fundador le trazara. En Puerto Rico, los elementos oficiales y los que aspiraban al favor oficial hacían burlas de la labor de Muñoz y anunciaban públicamente su fracaso. Mas, si *The Porto Rico Herald* no ejercía ninguna influencia en el gobierno central; si aquel periódico estaba fracasado por falta de crédito en las esferas gubernativas, entonces, ¿por qué tanto empeño en justificar los actos que en la isla se realizaban? ¿por qué se enviaban tantos informes negando la veracidad de las

afirmaciones que hacía Muñoz Rivera en su periódico? Muñoz se convirtió en *fiscal* de la administración insular, y sin temores de ninguna clase, sin insultos, con la verdad por única arma, valientemente, acusó y acusó mil veces al que como representante de una gran república ponía en ridículo a ésta y sembraba la semilla del anti-americanismo en este país. Y las acusaciones las hizo ante el más grande y más democrático, y el más justiciero tribunal de la tierra: ante el pueblo de los Estados Unidos.

Pocos años después volvió Muñoz a Puerto Rico. El régimen de gobierno era el mismo, pero los encargados de su interpretación habían sido cambiados. Entonces nació el partido Unión de Puerto Rico. En *La Democracia* — trasladada ya a San Juan — continuó Muñoz su obra patriótica. El nuevo partido se abrió paso ante el gobierno, y desde 1904 obtuvo brillantes triunfos electorales. En 1910 fué electo Muñoz para el cargo de Comisionado de Puerto Rico ante el Congreso Nacional. A pesar de la enorme labor que sobre él pesaba como legislador y representante de su país, tuvo siempre tiempo y energías el gran escritor para enviar periódicamente su colaboración a *La Democracia*. ¿Quién no ha leído sus magistrales *Cartas de Washington*? ¿Quién no ha gozado de aquellas interesantísimas

crónicas, *La Vida Americana*, en que el autor reveló un conocimiento profundo de aquel gran pueblo a quien él estudiaba íntimamente? ¿Quién no recuerda la firma Fairfax con que solía autorizar sus crónicas? La pluma que escribió las célebres crónicas *Desde Madrid* en 1895 no había perdido su temple, ni su brillante y culto estilo cuando trazó, en 1910 y en años sucesivos, los rasgos inmortales de *Cartas de Washington* y de *La Vida Americana*. El periodista y el cronista se mantenían a una gran altura literaria.

Muñoz-periodista no conoció el Ocaso. Murió estando en su Cenit. Subió, subió hasta el punto más culminante, y allí, cuando a todos iluminaba, y cuando era por todos contemplado y admirado, apagó su luz.

Sin temor a exageraciones, puede decirse que fué Muñoz Rivera el periodista puertorriqueño más y mejor conocido fuera de Puerto Rico. Su periódico se leía en todos los países de habla castellana. Y la reputación de su director fué sólida en todas partes. La labor periodística de Muñoz Rivera fué esencialmente puertorriqueña, pero su influencia fué pan-americana.

VIII

No sólo de pan vive el hombre, sino de la divina palabra que es la que sustenta el alma. — JESÚS.

MUÑOZ-ORADOR completa la personalidad de Muñoz-literato. Muñoz-poeta vivirá eternamente en sus vibrantes y majestuosos versos. Muñoz-periodista perdurará por largo tiempo en la memoria de los que hayan leído las sabias enseñanzas de su prosa robusta y conceptuosa. Mas, Muñoz-orador sólo podrá ser recordado y comprendido fielmente por los que tuvieron el privilegio de escucharlo. Si las circunstancias todas que dieron motivo a la concepción de sus poesías y artículos patrióticos se repitieran, si eso fuese posible, la simple reproducción de aquellos versos y de aquellos artículos ejercerían la misma influencia que tuvieron cuando fueron escritos originalmente. El medio de percepción del pensamiento del autor es el mismo: la vista. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos en igualdad de circunstancias. Quien lea ahora — o en cualquier tiempo — la descripción de la batalla de Waterloo por Victor Hugo en su inmortal obra *Los Miserables*, tendrá ante sí la visión de aquella famosa jornada: verá el terreno humedecido por la lluvia del día anterior a la batalla; verá la

caballería francesa destruida en el histórico barranco; contemplará al duque de Wellington escudriñando el horizonte y esperando ansioso a sus aliados prusianos; lo oirá murmurar alarmado y casi desesperado: «Blücher o la noche»; verá por fin el gran desastre napoleónico, y escuchará la sublime réplica de Cambronne, y casi esfumándose vislumbrará la figura de cera del Gran Corso mirando — ¡ por vez primera! — hacia la tierra . . .

Del mismo modo la lectura de los poemas o de los editoriales de Muñoz Rivera nos trae la visión de la época en que fueron escritos y causan en nosotros las mismas sensaciones siempre. Es un hecho psicológico universalmente conocido que nuestro YO está siempre dispuesto a pensar, sentir y obrar sobre un hecho cualquiera, del mismo modo que pensamos, sentimos y obramos cuando recibimos la primera impresión del hecho. Esa es la tendencia natural, y ella siempre se manifiesta a menos que opongamos deliberada resistencia.

Con la oratoria sucede todo lo contrario si en vez de oír el discurso de labios del orador lo conocemos solamente por la crónica escrita, por fiel y exacta que ésta sea. Oír un discurso es recibir impresiones producidas por algo que está realmente vivo. Leer un discurso es simple-

mente gozar de la contemplación de algo *que fué* pero que *ya no es*. Ese algo es el orador, que en la transcripción escrita o impresa del discurso no existe. Existe solamente el cuerpo de la oración, mas no su espíritu.

Con Muñoz se cumple esa ley: sus discursos — los que la crónica ha podido recoger — serán leídos miles y miles de veces, pero al leerlos se verán solamente las palabras que él usó, mas éstas están muertas por que les falta el calor que les dió vida. En Muñoz, no era su palabra lo que cautivaba, sino su gesto. En él, la oración fué siempre inferior al orador. Esto parece paradójico, pero en realidad sólo con esa comparación puede explicarse la misteriosa influencia de su personalidad. Tal influencia se derivaba del hombre, no de su verbo.

Como orador Muñoz no llegó nunca a la altura de Muñoz-poeta o de Muñoz-periodista. Y, sin embargo, como orador tuvo una influencia superior a la que ejerció con aquellas dos modalidades. Los versos y los editoriales de Muñoz llegaban hasta el individuo. Los discursos de Muñoz penetraban hasta la masa colectiva. Muñoz, como escritor, tenía su centro en las clases intelectuales. Muñoz, como orador, era el centro del pueblo en general. Nuestros obreros, y nuestros campesinos, analfabetas casi todos, po-

cas veces, quizás, lo leyeron. Mas, pocos, tal vez ninguno, dejó de escucharlo.

Muñoz no fué un orador académico. No fué un ateneísta. Fué un brillante orador político y un gran orador parlamentario. Corpulento; de cabeza voluminosa; de mirada magnética; de hablar reposado, casi fatigoso; de enunciación clara, aunque de pronunciación algo descuidada; de ademanes vigorosos; de voz potente y bien timbrada, y con algo de fascinador en toda su persona, Muñoz era el punto central de cualquier acto en que tomase participación: en plazas públicas, en asambleas, en el Parlamento Insular. En asuntos políticos, Muñoz no tuvo rival como orador. Nadie como él descubría el punto brillante de cualquier asunto. Hombre de fuertes convicciones, ponía todas sus energías en sus palabras y en sus gestos y ademanes. Lo que la palabra no decía, el gesto lo explicaba. Así, las multitudes permanecían en silencio y en actitud contemplativa por largas horas: escuchando sus palabras; leyendo sus pensamientos a través de sus ademanes. Su palabra fué a veces, con frecuencia, pobre. Pero el Pueblo siempre lo comprendía. Para el Pueblo la palabra de Muñoz era el Evangelio. ¡ Así se confiaba en él! ¡ Tan grande fué su honradez! ¡ Tan poderosa fué su personalidad!

Como muestra de su oratoria hemos escogido el período que sigue, fragmento del discurso improvisado por Muñoz Rivera en Ponce con motivo de la celebración de un banquete en honor de la Comisión del Partido Autonomista enviada por éste a España para recabar del gobierno nacional reformas autonómicas para Puerto Rico. Inspirado, dijo en uno de sus más brillantes períodos:

« España: nosotros queremos educar y redimir a nuestros hermanos; formarlos en la escuela y en el taller; en el estudio y en el trabajo; levantar con ellos una sociedad de hombres libres; desarrollar las virtudes cívicas que poseen por instinto; vestirlos, nutrirlos, que tengan vigor, que tengan sangre, que sepan escribir, que sepan leer, que lleguen a sentirse orgullosos de su abolengo castellano al penetrar en tu historia y al admirar tus proezas legendarias. España: nosotros venimos a pedirte que nos dejes hacer esto, que cortes el nudo gordiano, que repares la secular injusticia, que distribuyas por iguales partes tus halagos, que no le quites todo a los unos para darlo todo a los otros, que evites el descontento, que mates el germen del encono, que te identifiques con tu colonia, que seas justa, que seas generosa, que seas madre, para que sin violencia podamos servirte, y sin humillación podamos amarte, y sin convertirnos en parias despreciables y serviles podamos brindarte, frente al extranjero, en la bonanza o en el peligro, en los empeños de la paz o en los conflictos de la guerra, nuestro pensamiento y nuestra

vida. Hijos tuyos, amantísimos y leales, siempre; esclavos de tus hijos, jamás. »

En los últimos años de su vida, cuando su Pueblo lo envió como su representante al Congreso Nacional de los Estados Unidos, Muñoz, haciendo un esfuerzo titánico a su edad — tenía 51 años — estudió y aprendió el idioma inglés. Un ciudadano de los Estados Unidos, nacido en el Norte,¹ consignó en un editorial escrito para la sección inglesa del diario *El Tiempo*, órgano del Partido Republicano Puertorriqueño, lo siguiente:

« Nosotros debemos recordar el día que el *bill* de Puerto Rico estaba ante el Congreso y el debate tocando a su término. El *Tío Joe* Cannon pronunció un discurso, no en contra de Puerto Rico, pero sí lleno de insinuaciones. Sentados a una distancia de diez pies de Muñoz, oímos su respuesta. El habló sin prepararse y en correcto inglés. Sus refutaciones fueron claras, enérgicas, viriles. El habló por Puerto Rico, y todo Puerto Rico se hubiera sentido orgulloso de oír las aclamaciones de entusiasmo que acogieron sus palabras. ¿No era esto una victoria para un hombre de edad madura que pocos años antes había entrado en aquel cuerpo sin entender lo que se decía, y sin saber pronunciar una palabra en la lengua en que había replicado a un hombre que poseía treinta años de experiencia en aquella materia? »

¹ El Sr. Willis Sweet.

Si algún día se hace la colección de los discursos que Muñoz Rivera pronunció en inglés, entonces se podrá apreciar la gran capacidad mental del ilustre muerto, y la heroica voluntad que le concedió gozar de ese nuevo y grande triunfo. Cuando Muñoz fué al Congreso Nacional de los Estados Unidos, sus enemigos hicieron burla de él diciendo que Puerto Rico tenía de representante a un « sordo-mudo ». ¡ Pobres almas ! La pasión no les había permitido conocer al hombre que combatieron durante más de veinte años. El « mudo » habló y el « sordo » oyó. Y su palabra ha quedado grabada en las páginas del libro que representa la historia del Congreso Nacional: el *Congressional Record*. A los innumerables triunfos obtenidos por Muñoz como orador político y parlamentario, en su propio idioma, al cielo plugo concederle añadir nuevos y grandes triunfos como orador parlamentario en la Cámara de Representantes del Congreso Nacional de los Estados Unidos. Bien dijo Virgilio: Labor omnia vincit improbus.

Muñoz-político es la suma de Muñoz-poeta, Muñoz-periodista, Muñoz-orador y Muñoz-hombre en el más alto sentido moral de esta última expresión. No es posible definir a Muñoz-político sin tratar del poeta, del periodista y del orador. Su política puede verse en su poesía, en su prosa y en su oratoria. Es imposible — hemos dicho — definir a Muñoz-político. Todas sus condiciones, todas sus cualidades, y hasta todos sus defectos, estaban coordinados para un solo fin: guiar a su pueblo por el camino de la libertad y de la democracia. Muñoz, en sus actividades, fué múltiple; en su ideal, fué uno. Muñoz fué una pluralidad de fuerzas que actuaron siempre concentradas sobre un solo punto: su patria.

La historia política de Muñoz no puede darse completa, ni siquiera aproximada en un estudio de la índole del presente. Tal historia necesitaría uno o más volúmenes. Trataremos, pues, de condensar su vida política omitiendo muchos detalles y episodios que, aunque importantes todos, no encuentran cabida en una obra de las limitaciones de ésta.

« Mi padre, — dijo el mismo Muñoz Rivera —, descendiente de españoles que pelearon contra Bonaparte y contra Bolívar por la dignidad y por la integridad de la patria, educado en los principios más severos de las escuelas históricas, enamorado de las

tradiciones legendarias que en su propio hogar recibían culto, fanático de una doctrina para la cual era inconcebible la ley sin el ejército y el estado sin el rey, puso su influencia y su prestigio al servicio de los que a la sazón se llamaron liberales-conservadores. »

La gran influencia que el padre de Muñoz siempre ejerció sobre él no determinó nunca la menor vacilación en su hijo para seguir sus propios impulsos. Desde la adolescencia se manifestó en Muñoz una tendencia política diametralmente opuesta a la que seguía su padre. Y, sin embargo, don Luis, el padre, jamás pensó en combatir los ideales de su hijo. Aquel hombre, todo carácter y honradez, daba así un buen ejemplo a su hijo. Lo enseñó a combatir por ideales, por principios, pero conteniendo como un caballero.

Vivía junto a Luis un hermano de su padre. Don Vicente, el tío, era un recalcitrante liberal. Naturalmente, el joven Luis sintió una decidida inclinación por su tío. Y así, entre dos tendencias, entre dos caracteres, entre dos grandes corazones, Muñoz Rivera consolidó su fe, y robusteció su voluntad de defender la causa liberal en su país.

Desde muy joven fué Muñoz Rivera un furioso opositor del régimen de gobierno existente en Puerto Rico en aquella época. En su centro

político formado por él y otros amigos — muy pocos — discutía constantemente los asuntos políticos. En esas tertulias de amigos, en aquellas juveniles discusiones comenzó Muñoz a templar su espíritu de luchador. Con el tiempo aquel lector y opositor de tertulia había de convertirse en el gran polemista de asambleas y parlamentos. Todos los grandes hombres vivieron en su niñez un simulacro de la vida real que habían de tener en su edad adulta. Alejandro, Napoleón, Washington, y otros más son fieles ejemplos de nuestra afirmación.

Muñoz comenzó a discutir los asuntos públicos por medio de la prensa. Sus artículos políticos se publicaban autorizados con su nombre o por un pseudónimo. Aquellos primeros artículos dieron a conocer al nuevo político que aparecía en Puerto Rico. Muñoz seguía con fidelidad y entusiasmo las doctrinas de los patriotas puertorriqueños que dirigían el movimiento político de aquella época. Su verdadero maestro fué el insigne Román Baldorioty de Castro. Se sabe que se carteaba con Baldorioty, con Fernández Juncos, con Celis Aguilera, con Ramón Marín, con Mario Braschi, y con otros grandes políticos. El gran periodista Cepeda también influyó en la formación del nuevo luchador político.

En la asamblea celebrada en Ponce el 7 de

marzo de 1887 Baldorioty presentó el programa del Partido Autonomista. Allí estaba Luis Muñoz Rivera también. Joven, activo, arrogante, lleno de vital entusiasmo, llamó la atención de los concurrentes. Allí estaba Muñoz representando las municipalidades de Barranquitas, Cidra y Vega Alta. El programa de Baldorioty triunfó con ligeras enmiendas. Muñoz se convirtió en un defensor decidido del programa del Partido Autonomista de Puerto Rico. El terror del gobierno del general Palacios, las prisiones del Morro donde sepultaron a Baldorioty y a otros notables puertorriqueños no causaron temor ninguno al joven barranquiteño. Sus artículos y sus versos siempre estaban repletos de protestas dignas y valientes. Desde Barranquitas seguía Muñoz el *Via Crucis* de los patriotas que se sacrificaban por su país.

Palacios no permaneció mucho tiempo en el país. El gobierno nacional, velando por su propio prestigio, retiró su confianza a aquella alma cobarde. La actitud de Muñoz frente a Palacios puede verse en *El paso del déspota*, poesías que forman parte del libro *Tropicales*.

Con el relevo de Palacios vino a Puerto Rico el ilustre general Contreras. Los patriotas puertorriqueños tuvieron — ¡ por fin ! — un breve período de tranquilidad. Aunque el grupo incon-

dicional continuaba laborando contra las libertades del país, Contreras fué una garantía para la justicia. A la par, Muñoz seguía haciendo política francamente autonomista desde su villorrio de Barranquitas.

Pasan los años 1888 y 1889, y llega el año 1890 en que fallece el ilustre anciano y gran patriota, Román Baldorioty de Castro. La causa autonomista había perdido su mejor paladín. El Partido Autonomista había perdido su jefe. ¡ Mayor desgracia no podía sufrir el país! Muñoz sufre y contristado envía el siguiente mensaje:

« Familia Baldorioty,
Ponce.

Estoy anonadado. Parece que me roban algo íntimo; que me estrujan el corazón con fuerza; que me aplastan con una mole inmensa.

¿ A quién pediremos consejos cuando la lucha arrecie?

¿ Quién podrá reemplazar al venerado maestro que la fatalidad nos robó?

¿ Qué corazón tan grande como el suyo?

¿ Qué carácter más grave y dulce que su carácter?

¿ Qué inteligencia más luminosa y firme que aquella inteligencia excepcional?

MUÑOZ RIVERA. »

Para los vivientes esas preguntas no tenían contestación. ¡ Ellas encerraban el misterio del

porvenir! Mas, Baldorioty, su radiante espíritu, facultado ya para leer en el futuro, bien pudo contestarle con esta sola palabra: ¡Tú!

En ese mismo año 1890 funda Muñoz su periódico *La Democracia*. Sus campañas fueron diarias. Al tratar de Muñoz-periodista tratamos también de Muñoz-político. Es imposible separar a un ser de sus atributos, pues éstos son los que lo caracterizan como tal.

Muerto Baldorioty, Muñoz se impuso la noble labor de sostener intacto el recuerdo de los viejos patricios y sus ideales. Pronto el director del nuevo diario político se presentó ante el pueblo de Puerto Rico como un guía, como un *leader*. En el fondo del pensamiento de Muñoz bullía una idea: hacer de la vida política insular una prolongación de la vida política nacional. Pero esto lo pensaba, sin renunciar a sus sueños regionalistas. Muñoz siempre comprendió que la revolución en Puerto Rico era un suicidio. Por eso fué partidario decidido de la evolución. En esto consistió su « oportunismo ». Sus ideales eran otros, pero él nunca puso sus ideales sobre la felicidad de Puerto Rico. No fué un patriota apasionado. Estos son siempre causa de dolorosos errores en todos los pueblos. Muñoz fué un patriota de convicción profunda. El propio

sacrificio estaba siempre dispuesto a consumarlo; el de su patria, nunca.

En la segunda Magna Asamblea del Partido Autonomista, celebrada en Mayagüez, Muñoz, asociado a José de Diego, presentó a la consideración de la asamblea una proposición en la que se recomendaba el nombramiento de una comisión. Esta comisión debía ir a Madrid y tratar de hacer un pacto de fusión del Partido Autonomista Puertorriqueño con el Partido Liberal Monárquico, o con el Republicano-histórico. La comisión quedaba en libertad de elegir al que ofreciera mejor acogida a los ideales autonómicos. La moción fué derrotada. La defensa que hizo Muñoz de su proposición fué elocuente, clara, enérgica, convincente. En aquel solemne acto, Muñoz se mostró como había de ser de entonces en adelante: el Piloto de la Nave puertorriqueña.

Si la moción Muñoz-de Diego fracasó, no sucedió lo mismo con otra presentada por el Sr. M. Fernández Juncos. ¿Había diferencia entre ambas proposiciones? Esencialmente, ninguna. Muñoz aceptó su derrota. Muñoz acató el triunfo de su opositor.

La dirección del Partido Autonomista, después de la Asamblea de Mayagüez, no era adicta a Muñoz. El joven político era un peligro, y

había que eliminarlo. El peligro consistía en que era un carácter. Muñoz se apercibió a la defensa, y triunfó sobre sus adversarios dentro de su mismo partido. En 1894 se celebró en San Juan la tercera asamblea del Partido Autonomista. El Directorio-Blanco (Julián E. Blanco era el presidente) renunció sus poderes. La asamblea fué un fracaso. El Directorio-Blanco deseaba una aproximación con el Partido Conservador Insular. Muñoz atacó duramente esa tendencia, y abogó por la pureza de los ideales autonómicos sin mixtificaciones de ninguna clase. Muñoz admitía que los elementos incondicionales que desearan ingresar en las filas autonomistas fuesen aceptados. Pero habían de ser leales autonomistas. Pactos con los conservadores, como tales, los rechazó siempre. Al dar el alerta a sus amigos desde su periódico, Muñoz les decía:

.
« Desde hace veinte y cinco años, desde 1869, los liberales de Puerto Rico forman una familia y no han de disgregarse por ningún género de influjos.

.
Nuestra divisa es esta: trabajar y esperar.

Los que aspiran al triunfo y tienen voluntad para vencer obstáculos, no duermen jamás. Nosotros no dormiremos. »

Blanco, desautorizado por la campaña que Muñoz hizo criticando sus actuaciones, no asistió a la asamblea. El nuevo directorio no fué elegido, y se nombró una delegación para que se reuniera en Ponce con el fin de elegirlo. El partido estaba a punto de disolverse, lo que significaba un triunfo para los incondicionales. Muñoz no desmayó. Venciendo serios obstáculos, convocó y celebró una reunión en El Gabinete de Lectura de Ponce. Allí se preparó la candidatura para el nuevo directorio. Al constituirse más tarde la Delegación, la candidatura fué aceptada por unanimidad. El Directorio quedó formado del modo siguiente:

JOSÉ GÓMEZ BRIOSO	Director Político
MANUEL F. ROSSY	Director Jurídico
JOSÉ C. BARBOSA	Director Económico
LUIS SÁNCHEZ MORALES	Secretario

Muñoz propuso entonces que la reorganización del partido se hiciera inmediatamente, y que se constituyesen los comités de la isla. Siguió manteniendo en su periódico los ideales autonomistas, pero pronto empezó a dar orientación a su política fusionista. Él deseaba la armonía entre la metrópolis y la colonia; quería nacionalizar los partidos insulares; deseaba que el partido a que él pertenecía fuese reconocido por el partido que

representaba las ideas más avanzadas en la Península. Muñoz aceptaba la existencia de dos partidos en Puerto Rico: el conservador y el liberal, ambos turnando en el gobierno insular según turnasen en España los partidos nacionales de igual denominación, en el poder. Igualdad para todos. Privilegios para ninguno.

En la Cuarta Asamblea del Partido Autonomista, celebrada en Aguadilla, fué elegido Muñoz Rivera vicepresidente. El nuevo presidente fué don Francisco Mariano Quiñones. La asamblea fué un gran éxito para los autonomistas. Las distintas tendencias de «incorporación» fueron retiradas para evitar disidencias. Una vez más se consolidaba la familia puertorriqueña.

En esta época — 1895 — Muñoz tuvo que abandonar el país para recuperar su salud perdida en luchas largas e intensas. De sus actuaciones durante su permanencia en España ya tratamos al hacer el estudio de Muñoz-periodista.

Mientras Muñoz cobraba nueva vida en la madre-histórica, la política insular tomó mayor incremento. Las luchas en la prensa fueron diarias. *La Democracia*, dirigida por Mariano Abril en ausencia de Muñoz, se convirtió en heroico paladín, defensor del honor nativo. Un periódico incondicional, dirigido por un nativo — ¡ por un

nativo! — era el opositor más tenaz, incisivo, encarnizado de la causa liberal. La situación política se convirtió de seria en grave. Se llegó a pedir la supresión de *La Democracia*. Mariano Abril hizo honor a la representación que ostentaba. Contestó palabra por palabra, insulto por insulto, crítica por crítica. Un artículo de fondo joco-serio mortificó a los militares. El periódico — *La Democracia* — fué secuestrado y su director reducido a prisión. El tribunal militar se puso en acción. Abril tuvo que sufrir toda clase de mortificaciones. Inexperto en el uso de las armas, tuvo que aceptar un duelo con un teniente de artillería.

Muñoz, desde España, se hizo solidario de la política que desarrollaba su periódico.

« Hago más, sin reservas, en absoluto, todas las campañas que realizó hasta hoy *La Democracia* en mi ausencia. »

Así escribió desde Madrid. Y agregaba:

« Respondo en el terreno personal, de todos los sueltos, noticias y artículos publicados. Y ya que con tal ímpetu se quiere encontrar a otro que no sea el valiente y dignísimo Mariano Abril, sépase que ese otro soy yo. Las distancias no importan. O yo voy a Puerto Rico algún día o los de Puerto Rico vienen a Madrid. Nada de insultos: nada de palabras gruesas.

El movimiento se demuestra andando. Ya basta de consentir que cualquiera se alce sobre Puerto Rico y le flajele con su pluma. Lo escrito está escrito. »

Cuando regresó Muñoz a Puerto Rico hizo ratificación plena de lo que escribió desde Madrid. El resultado fué un duelo entre Muñoz y el director de *La Integridad Nacional*. En el poeta, en el periodista, en el orador, y en el político había también un hombre.

Al reanudar Muñoz su campaña política en Puerto Rico su propaganda fué decididamente pactista. Muñoz estaba convencido de la necesidad de la disolución del Partido Autonomista. La razón era una, pero de gran peso: si la reforma autonómica se concedía a Puerto Rico, ésta sería establecida e interpretada por los conservadores incondicionales, quienes privaban en la vida oficial de la colonia. Semejante hecho era una desgracia. Un gobierno autonómico en manos de los conservadores era sencillamente un engaño, una ironía, una burla, una mascarada. Y eso lo quería evitar Muñoz disolviendo el Partido Autonomista y organizando un partido liberal insular para incorporarlo al Partido Liberal Nacional, pedir su reconocimiento por el gobierno y vivir la vida política nacional en todos sus aspectos. En la Asamblea General del partido, celebrada en San Juan en abril de 1896, presentó Muñoz la

moción de disolución del partido. Fué derrotado. Muñoz acató la resolución de la mayoría. Pero en su periódico continuó predicando el pacto.

En julio del mismo año se celebró en Caguas otra reunión de la Delegación Autonomista. Las ideas de Muñoz se discutieron, pero ahora ya tenían otros defensores, entre ellos, el gran tribuno y filósofo puertorriqueño Rosendo Matienzo Cintrón. De aquella reunión salió nombrada la comisión que había de ir a España en busca de aproximación e inteligencias o alianzas del Partido Autonomista Puertorriqueño con los demócratas españoles que estuviesen dispuestos a defender el sistema autonómico administrativo de Puerto Rico. La comisión nombrada fué: Gómez Brioso, Matienzo Cintrón, Degetau González y Muñoz Rivera. ¡ Primer paso hacia el triunfo !

La comisión fué a España. Luchó, y luchó con denuedo. Encontró obstáculos: los venció. Y después de rudo batallar, se llegó a una inteligencia con el jefe del Partido Liberal Español, don Práxedes Mateo Sagasta. ¡ Segundo paso hacia el triunfo !

La llegada de la comisión a Puerto Rico causó verdadera sensación. El Partido Autonomista celebró una asamblea magna para conocer de la actuación de sus representantes. Un voto de 79 contra 17 ratificó los actos de la comisión. ¡ Tercer paso hacia el triunfo !

De esta asamblea nació la disidencia dentro del Partido Autonomista. Don José Celso Barbosa fué el jefe de los disidentes. Muñoz no se acobardó ante la disidencia. La lamentaba, pero no la temía.

El Partido Autonomista se había convertido en Partido Liberal. Muñoz fué elegido presidente provisional del partido, y esperaba la ratificación de los poderes que se le otorgaban. La Asamblea de marzo de 1897 proclamó presidente efectivo del Partido Liberal Insular a Luis Muñoz Rivera y vicepresidente a Juan Hernández López. Muñoz rehusó aceptar aquel difícil y honroso cargo, pero fué obligado a aceptarlo, siendo aclamado por la Asamblea. ¡ Otro paso más hacia el triunfo, el que estaba escrito en el libro del destino !

En agosto del mismo año es asesinado el Sr. Cánovas del Castillo, jefe del gabinete español, y sube al gobierno Sagasta. Esto determinó la implantación del régimen autonómico en las Antillas, por un real decreto de la Reina Doña María Cristina, como Regente del reino. ¡ El triunfo de Muñoz Rivera fué completo !

El real decreto concediendo la autonomía a Cuba y Puerto Rico fué firmado por la Reina Regente de España en nombre de su hijo el día 25 de noviembre de 1897. La *Gaceta Oficial* de Puerto Rico publicó dicho real decreto con el «Cúmplase» del Gobernador General Marín el

día 14 de diciembre del mismo año. El nuevo sistema de gobierno trajo a Puerto Rico: el sufragio universal, la identidad de derechos civiles



El Primer Gabinete Autónomico

y políticos para todos los españoles — insulares y peninsulares — residentes en la Isla, la administración del país por el país y para el país, la autonomía

insular y municipal. La personalidad de Puerto Rico se había — ¡ por fin ! — reconocido.

La nueva forma de gobierno satisfizo a Muñoz por que ella representaba un principio de vida democrática. Mas tal forma de gobierno no era la finalidad que él perseguía. Evolutivamente él hubiera llegado a conseguir para su pueblo el mayor grado de soberanía regional compatible con la soberanía nacional.

El nuevo régimen fué inaugurado el día 9 de febrero de 1898 por el general Macías, segundo gobernador civil bajo el nuevo gobierno, pues el primero, el general González Muñoz, murió a las pocas horas de haber llegado a Puerto Rico. El día 11 del mismo mes juraron sus cargos las personas que habían de constituir el gobierno provisional. Éste quedó constituido así:

FRANCISCO MARIANO QUIÑONES

Presidente

LUIS MUÑOZ RIVERA

Secretario de Gracia, Justicia y Gobernación

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

Secretario de Hacienda

MANUEL F. ROSSY

Secretario de Instrucción Pública

JUAN HERNÁNDEZ LÓPEZ

Secretario de Obras Públicas y Comunicaciones

JOSÉ SEVERO QUIÑONES

Secretario de Agricultura, Industria y Comercio

En esta organización del primer Gabinete Autonómico llama la atención el hecho de no figurar como jefe del nuevo gobierno, como Presidente del Gabinete, el Sr. Muñoz Rivera. Las causas de esto son en síntesis las siguientes: los disidentes autonomistas pusieron como precio a su cooperación en el nuevo régimen, la participación *por igual* en el Gabinete, esto es: que de los seis miembros, tres fuesen nombrados de entre ellos, y la condición de que uno de ellos había de ser el Presidente del Gabinete, el Jefe del Gobierno. Lo primero estaba pronto Muñoz a concederlo, mas lo segundo era hartamente doloroso, pues equivalía a arrebatarse la gloria que en equidad y en justicia le correspondía. Y, sin embargo, cedió en todo. Consumó el propio sacrificio antes que sacrificar a su país. El triunfo moral de Muñoz fué sublime. Ese rasgo, único en la historia de Puerto Rico, aumentó su prestigio personal y político ante su país y ante la nación.

En febrero del mismo año (1898) se aprobaron las bases para la unión de los dos grupos, creándose el partido Unión Autonomista Liberal. Muñoz renunció la presidencia del partido y fué sustituido por don Manuel C. Román, hombre de sólida reputación como ciudadano y como político.

Orientada nuevamente la política puertorriqueña, el nuevo régimen comenzó a desarrollarse

en todos sus aspectos. Mas apenas el país había empezado a disfrutar de las libertades y garantías que dicho régimen de gobierno le concedía, sobrevino un suceso que destruyó en un minuto la labor de tantos años de dolor e injusticia. El día 21 de abril se suspendieron las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, y al día siguiente la guerra se declaró entre ambas potencias. Muñoz, fiel a sus sentimientos de caballero y leal a su juramento de gobernante, se alistó en un batallón de voluntarios, ofreciendo su vida y hacienda a la bandera a que había jurado fidelidad. Ese acto, que no fué imitado por todos los que estaban en iguales circunstancias que él, fué muy criticado por muchos. ¿Cuántas medidas habrá para el honor? Muñoz sólo conoció una: el deber.

En esta misma época fué exaltado Muñoz a la presidencia del Gabinete Insular. Ocupado el país por los ejércitos de los Estados Unidos, los cañones del Morro y San Cristóbal anunciaron al mundo que a las 12 del día 18 de octubre de 1898 la soberanía española había cesado en Puerto Rico. La Bandera de las Franjas y las Estrellas había reemplazado al Oro y Grana Español.

El Consejo de Secretarios, presidido por Muñoz Rivera, hizo renuncia de sus puestos ante el general Brooke, pero cediendo a las cordiales

excitaciones de dicho militar, desistió de ese propósito. Brooke manifestó que él deseaba gobernar con el concurso de los puertorriqueños. Brooke fué sustituido por el general Henry. Los secretarios nativos continuaron en sus puestos, mas pronto hubo serios rozamientos entre el nuevo gobernador militar y el jefe del Gabinete Insular. De tales rozamientos vino la renuncia en pleno del Gabinete. Desde febrero de 1899 el Consejo de Secretarios fué sustituido por cuatro departamentos creados por el gobierno militar. Las Ordenanzas Generales fueron, en adelante, las leyes de Puerto Rico.

El Partido Autonomista Liberal fué disuelto a petición de Muñoz en octubre de 1898. Su vida se había extinguido junto con la del régimen autonómico. Ya no tenía razón de ser, ni de existir. Sus miembros quedaron en libertad de acción.

En los primeros meses del año 1899 Muñoz embarcó para los Estados Unidos, formando parte de la comisión nombrada para recabar un tratado para establecer el comercio libre entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Esto contribuyó al establecimiento del cabotaje entre ambos países. En ese viaje llevaba también Muñoz la representación de las clases agrícolas del país. En varias entrevistas celebradas en New York y

en Washington presentó Muñoz al pueblo americano el problema del pueblo de Puerto Rico. Muñoz aceptó y acató la nueva soberanía nacional, pero exigía que se respetase la soberanía regional. Estando en los Estados Unidos recibe noticias de los destrozos causados en Puerto Rico por un ciclón que se desató sobre la isla el día 8 de agosto de 1899. Muñoz se agita febrilmente, y consigue interesar al gobierno en favor de los que habían quedado desamparados en su país.

Para esta época ya se había formado el Partido Republicano Puertorriqueño. Dirigían la nueva agrupación política los mismos disidentes autonomistas de la época del pacto sagastino. El jefe del nuevo partido era don José Celso Barbosa. Frente a esa nueva agrupación, que gozaba del favor oficial desde que Muñoz y sus compañeros habían renunciado los puestos de jefes de los departamentos creados por el gobernador militar Henry, Muñoz comenzó a reorganizar a sus fieles correligionarios políticos. Así nació el Partido Federal. El Comité Ejecutivo del nuevo partido ratificó su adhesión a los Estados Unidos. El nuevo partido advocaba la aproximación de ambos pueblos, Puerto Rico y Estados Unidos, y el establecimiento de un gobierno civil, genuinamente democrático, en Puerto Rico. Muñoz fué rebelde ante el concepto de desigualdad

e inferioridad que comenzó a insinuarse en aquellos tiempos. «El hijo de esta tierra» — dijo — «debe reclamar la identidad, y no conformarse con menos que la identidad.» En su primer viaje a los Estados Unidos Muñoz quedó maravillado de las grandezas de aquel pueblo, y deseó vehementemente traer aquellas grandezas a Puerto Rico, adaptándolas, por supuesto, a las condiciones peculiares de la isla.

En los últimos tiempos del gobierno militar en Puerto Rico la paciencia de Muñoz como jefe de partido político llegó a su límite. Las elecciones que se celebraron en 1899 para elegir los nuevos funcionarios municipales de la isla fueron absolutamente inmorales. ¡Las célebres elecciones *de los cien días!* Otros tantos duraron. El poder militar las dirigió, las organizó, las vigiló, las hizo y las ganó. Ante la ausencia absoluta de garantías para la libre emisión del voto no fué extraño el resultado de aquellas famosas elecciones.

En el año siguiente, 1900, se inauguró el Gobierno Civil de Puerto Rico, aprobado por el Congreso Nacional en su última sesión. La inauguración se celebró el día 1 de mayo. El Acta Foraker se convirtió en la Ley Orgánica de Puerto Rico. La situación política no había mejorado para Muñoz y su partido. El Partido

Federal celebró en ese mismo año una magna asamblea en Caguas. En dicha asamblea se discutió largamente la actitud que debería asumir el partido en las elecciones que se habrían de celebrar a fines de aquel mismo año. En dichas elecciones se elegirían el primer Comisionado de Puerto Rico, residente en Washington, y la primera Cámara de Representantes de la Asamblea Legislativa de Puerto Rico. El acto era trascendental, y el partido quería adoptar actitudes definidas, las que mantendría resueltamente. La asamblea acordó ir a la lucha. Mas el Directorio del Partido quedó autorizado para tomar medidas extraordinarias si la necesidad extrema lo exigía. Tal emergencia surgió al conocerse la división territorial que se hizo de Puerto Rico con fines electorales. También fué objeto de disgustos, temores y protestas entre los federales la organización de las mesas o colegios electorales formados por dos representantes del Partido Republicano y un representante del Partido Federal. A esto se agregó la parcialidad manifiesta de la Policía Insular en muchas poblaciones de la isla.

Ante el dilema de concurrir a unas elecciones parciales en la seguridad de encontrar una derrota bochornosa y degradante, con la pérdida de la confianza de las masas populares del partido y salvar íntegro el prestigio del partido, conservando

la cohesión y la confianza de todos sus correligionarios, Muñoz no vaciló: optó por lo segundo, y fué con su partido al retraimiento. El partido se elevó grandemente ante el concepto de los sanos elementos del país, nativos y extranjeros. Mas el retraimiento dió al Partido Republicano el dominio absoluto de una de las ramas de la Legislatura Insular y le permitió enviar un representante al Congreso Nacional.

Consideremos el retraimiento. ¿Fué correcto? ¿Fué necesario? ¿Fué inevitable? ¿Fué político? La participación de un individuo o de un partido en unas elecciones en un país democrático no es un derecho: es un deber. Éticamente considerado, el hecho del retraimiento, sin analizarlo, no fué correcto. Pero al analizarlo, podemos hallar respuesta a las tres últimas preguntas que nos hemos hecho. En la forma en que se organizaron las elecciones no podemos hallar un acto democrático. Tampoco lo fué la organización de los colegios electorales, pues con arreglo a equidad, justicia y ética, ambos partidos debieron estar igualmente representados en dichos colegios. La intervención más o menos directa, más o menos clara, de la administración en aquellas elecciones es otro factor que debe tenerse en cuenta en este análisis. La parcialidad de la fuerza encargada del orden público tampoco

debe olvidarse. Sumemos todos los elementos encontrados en el análisis y el resultado nos da la evidencia de que el Partido Federal no consideró aquellas elecciones como un acto democrático, pues la ética que debía regular su realización había sido violada con evidente parcialidad encaminada a inclinar la balanza en que se pesaban las fuerzas de los dos partidos contendientes, hacia uno de ellos. Careciendo una campaña electoral de carácter democrático; no existiendo igualdad de oportunidades para todos los partidos; no existiendo la igualdad en la fiscalización de las elecciones y en el escrutinio de los votos, el *deber* de concurrir a las elecciones se convierte en *derecho* simplemente. El ejercicio de un derecho es un acto volitivo. El Partido Federal optó por no hacer uso de aquel derecho.

Muñoz continuó su política de oposición. Desde su periódico mantuvo una fiscalización perseverante de todos los actos del Gobierno Insular. En sus críticas no había reservas de ninguna clase. Así las cosas, el malestar político se agravó de tal modo, que la vida y la libertad individual no hallaban protección ni garantías. A Muñoz se le destruyó su imprenta y su periódico. El gran político dejó el país y marchó a los Estados Unidos. En New York publicó un nuevo periódico y siguió su patriótica campaña. Al ocupar-

nos de Muñoz-periodista hemos presentado esta labor del luchador. En 1902 regresó Muñoz a Puerto Rico. Entre él, Matienzo Cintrón, Zeno Gandía y Rafael del Valle, dieron forma a un nuevo partido: La Unión de Puerto Rico. Este partido se formó de la totalidad del Partido Federal, disuelto expresamente para este fin, y de todos los elementos republicanos que no estaban satisfechos con la orientación que había seguido su partido, o que no querían hacerse solidarios de los acontecimientos acaecidos en los últimos años.

En las elecciones celebradas en noviembre de 1902 fué el Partido Federal por última vez a las urnas, sometiéndose a la célebre ley del «dos por uno» y a la división electoral de la Isla. Las condiciones eran las mismas del 1900, pero la administración había cambiado. Esto hizo posible que el partido obtuviese mayorías en dos distritos representativos. Después de esas elecciones se disolvió el Partido Federal y nació el Partido Unión de Puerto Rico. Muñoz recorrió toda la Isla en propaganda por su nuevo partido y levantó el entusiasmo de sus amigos y correligionarios y lo sostuvo siempre creciente hasta las elecciones de 1904 en que la Unión de Puerto Rico triunfó en cinco distritos electorales, quedando el Partido Republicano solamente con dos.

Dominando el Partido Unionista la Cámara de



Muñoz Rivera y connotados leaders de la Unión de Puerto Rico

Delegados, comenzó una labor de reconstrucción, la que en verdad no pudo prosperar por que muchos de sus proyectos de carácter regional hallaban muerte fácil y segura en la Cámara Alta o Consejo Ejecutivo. Sin embargo, la situación política del país mejoró considerablemente. Una vida de bienestar y de tranquilidad general había comenzado. Garantizadas todas las actividades, el capital comenzó a llegar al país y una era industrial, agrícola y comercial se inició potentemente en el país. La prosperidad ofrecía sus hermosos frutos a todos.

En 1906 el Partido Unionista triunfa en todos los distritos electorales. Muñoz obtiene la representación de Arecibo. En 1908 la Unión de Puerto Rico obtiene otro gran triunfo, y Muñoz ostenta la representación del distrito de Guayama. Este segundo triunfo general convenció al gobierno de la fuerza que el partido tenía en la opinión pública. En 1910 llevó Muñoz a su partido al tercer triunfo general y el voto popular lo elevó al cargo de Comisionado de Puerto Rico ante el Congreso Nacional, con residencia en Washington, cargo que obtuvo también en las elecciones de 1912 y 1914, y en el que lo sorprendió la muerte en 1916. Desde Washington continuó siendo Muñoz el *leader* del partido. Desde allí dirigía y encausaba la opinión pública, y siempre

que su presencia fué necesaria, vino a Puerto Rico a compartir las luchas y responsabilidades de su partido. Su influencia política fué dominante y absoluta. No se imponía el hombre, sino su historia. *Su honradez fué siempre su mejor política.* Su entereza de carácter le ganó la confianza de todos. Y él, sólo él, fué siempre capaz de allanar todas las dificultades a su partido. Las disidencias — tan naturales en todos los partidos que están en el poder — se desvanecían ante él. Los elementos díscolos temían su presencia y se convertían bajo su influencia. Como político Muñoz fué el más representativo que Puerto Rico ha tenido: fué amado hasta la idolatría por sus correligionarios; fué respetado por propios y extraños; fué temido hasta el odio por sus enemigos; y su reivindicación plena fué el haber obtenido la consideración, el respeto, la admiración y hasta el afecto de los gobernantes y legisladores de la administración federal en Washington. Su fama de gran político rebasó los límites de su país y llegó a todos los pueblos de habla y alma hispanas. La historia política de Luis Muñoz Rivera es la historia política de Puerto Rico desde 1887 hasta 1916 en que pagó su tributo a la madre tierra. Durante todo ese período de treinta años fué Muñoz la figura más notable y de mayor influencia en Puerto Rico.

X

Los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen.

— EMERSON.

COMO el imán atrae el hierro, del mismo modo un gran jefe de partido atrae sobre sí, y se rodea de todos los hombres de igual temple de espíritu. Un hombre dotado de voluntad decidida y enérgica es el alma de cualquier organización de que forme parte. «El hombre fuerte y el agua que corre forman su propio cauce.» Así reza un proverbio y así es en realidad. La misión que Muñoz se impuso desde sus juveniles años la cumplió con una constancia, con una perseverancia, con una lealtad, con un entusiasmo, con una fe, que no dejan duda alguna acerca de la irresistible fuerza de voluntad que animó siempre y dió vida a aquel grande hombre. Todo cuanto hemos dicho de Muñoz-poeta, Muñoz-periodista, Muñoz-orador, Muñoz-político; todo eso sumado da una idea bastante fiel de Muñoz-hombre. A todo cuanto ya hemos dicho solamente hemos de agregar — aunque sea tratándolo someramente — su actuación como gobernante y como legislador. En ese aspecto estudiamos a Muñoz-estadista.

La actitud adoptada por Muñoz Rivera cuando gestionaba en España una reforma liberal para

Puerto Rico es notable. En aquella oportunidad se mostró Muñoz experto político y hábil estadista. Su entrevista decisiva con Sagasta fué la prueba del temple de nuestro malogrado hombre público. De haber sido Muñoz un tímido político y un mediano observador de la personalidad humana, seguramente que de aquella célebre entrevista no hubiera salido el famoso pacto. Muñoz conocía al Sagasta eminente de las grandes crónicas políticas de los diarios de la ibera nación, y conocía la influencia que aquel gran hombre ejercía como jefe de partido. Pero Muñoz no había experimentado nunca la impresión de tratar cara a cara, sin ambages, a un gran director de masas políticas. Aquella experiencia, nueva para él, había de decidir del éxito bueno o malo de la misión que a España lo llevara, y quizás también la suerte de Puerto Rico. Muñoz se dió cuenta de la situación; midió al gran hombre que tenía frente a frente; juzgó su personalidad, su temple de carácter, su grandeza de espíritu, y convencido de que las ambigüedades serían perjudiciales y no le permitirían llegar a una inteligencia con el jefe liberal, presentó el problema de Puerto Rico franca y llanamente. El interrogatorio a que el hábil Sagasta sometió a Muñoz fué por demás duro y peligroso. Sin embargo, Muñoz jugó el

todo por el todo. Contestando a la pregunta «¿qué actitud adoptarían ustedes si pierden ésta, su última esperanza?», exclamó Muñoz: «En materia tan difícil yo no puedo hablar por mis compañeros. Hablo por mí, bajo mi responsabilidad. Y declaro con toda franqueza que quiero ser español y que lo seré con lealtad si España trata a sus colonos de América como hijos suyos; si sucede lo contrario; si se prolonga la injusticia, seré puertorriqueño nada más y cumpliré mis deberes de patriota.»

— Usted mide el alcance de esas palabras, de esas declaraciones, — exclamó Sagasta algo serio y contrariado.

— Don Práxedes, creo que estoy hablando con un gran estadista y a un hombre de corazón. Yo no oculto la verdad. Si fracasamos en Madrid, no podré volver a Puerto Rico.

— Y ¿a dónde?

— A Nueva York. (Esto significaba la revolución.)

Ya Muñoz no era el comisionado de Puerto Rico que iba a suplicar una reforma. En ese momento se convirtió en un gran estadista que negociaba con otro gran estadista una combinación política. El político, el estadista puertorriqueño, estuvo grande. El político, el estadista español, estuvo sublime. Muñoz triunfó.

En el corto período de gobierno autonómico que tuvo Puerto Rico, demostró Muñoz su habilidad de gobernante. En la Secretaría de Gracia, Justicia y Gobernación, primero, y como jefe del Gabinete Autonómico, más tarde, su actuación fué una demostración de sus cualidades de estadista. Su actitud al implantarse en Puerto Rico el régimen militar de los Estados Unidos fué digna, resuelta, respetuosa, enérgica. Si el gobierno provisional de Puerto Rico hubiera caído en manos expertas, en personas acostumbradas a las lides políticas y diplomáticas, seguramente que ni Muñoz ni sus compañeros hubieran renunciado sus altos puestos. Ningún gobierno militar admite opiniones. Muñoz no se resignó a ser una figura decorativa y abandonó su antes prestigioso puesto.

Más tarde, cuando el gobierno civil estaba establecido en Puerto Rico, Muñoz fué a la Asamblea Legislativa durante cuatro años, representando a los distritos de Arecibo y Guayama respectivamente. Su labor legislativa, por los proyectos que él presentó, y por las luces que aportó en otros proyectos de sus compañeros, fué importante. Su habilidad de polemista creció notablemente.

En 1910 es elegido Comisionado de Puerto Rico ante el Congreso Nacional, con residencia

en Washington. Su actuación durante los seis años que duró su representación fué notabilísima. La personalidad de Muñoz era absolutamente desconocida en las esferas políticas y gubernamentales de Washington. Allí se conocía al Muñoz que la administración insular había pintado a su gusto y conveniencia. Seguramente que al llegar Muñoz a la capital nacional todos esperaban ver en el nuevo representante un ogro, un perdonavidas, un mercader de la política, un ente vulgar y torpe. Mas la historia de aquellos muy cercanos años nos dice que Muñoz se abrió paso en las esferas superiores del gobierno en Washington, como años antes se lo había abierto en las altas esferas del gobierno en Madrid. La política y la diplomacia americanas son alta política y alta diplomacia. Por cada hombre experto que Muñoz trató en España tuvo que tratar una docena en Estados Unidos. Y aquí tenía que luchar además con dos formidables enemigos: la opinión que de él ya se había formado y el idioma. Y el político fué tan hábil, el hombre tan estudioso y perseverante, y el estadista tan brillante y sagaz, que en poco tiempo ambos enemigos, los prejuicios y el idioma, habían sido vencidos y sumados como nuevos aliados. Quien tenga la oportunidad de leer el *Congressional Record* podrá apreciar la

labor de Muñoz durante su actuación en el Congreso.

Al hablar de Muñoz-estadista debe hacerse referencia a un incidente ocurrido en la Cámara de Representantes en momentos en que se discutía el proyecto de nuevo gobierno civil para Puerto Rico. Su entereza de carácter quedó una vez más demostrada en aquella oportunidad. Su sagacidad política le permitió una vez más triunfar consiguiendo que se ordenase la suspensión de las elecciones de



Muñoz a su regreso de Washington

Puerto Rico. De ese modo comprometía al Congreso Nacional a tomar en consideración el proyecto en estudio. Esto fué una victoria política sobre sus adversarios de Puerto Rico que ya proclamaban el fracaso de la nueva ley en estudio. El estadista que negoció este compromiso bien merece crédito, y crédito crecido.

Suspendidas las elecciones, Muñoz vino a la isla, pues era necesario enterar al país, y sobre

todo a su partido, de las condiciones en que se encontraba la nueva carta orgánica que se intentaba dar a Puerto Rico. Él trajo seguridades del triunfo.

Es un hecho tan cierto como la salida y puesta del sol — manifestó.

El gran político, el sagaz estadista, no podía equivocarse. Cuando él se aventuró a dar seguridades, seguridades tendría.

Hemos tratado a Muñoz-estadista muy someramente. Los estrechos límites a que está sujeta esta obra crítica no permiten mayores vuelos. Como resumen, podemos decir que el conjunto de todas las relevantes cualidades que adornaron a aquel gran hombre como poeta, periodista, orador, político, estadista, ciudadano y como hombre, nos permite hacer y presentar la verdadera figura de Luis Muñoz Rivera. En cada uno de aquellos aspectos fué grande, en algunos fué único. Todos ellos hicieron de él un hombre de carácter, y como tal, fué la conciencia de su pueblo.

XI

He procurado cumplir con la misión que me impuse de sacrificar mi vida por mi patria, y espero en ella, que no echará en olvido mis sacrificios y sufrimientos . . .

—Últimas palabras del gran orador puertorriqueño MANUEL CORCHADO.

DESPUÉS de haber conseguido que el Presidente Wilson suspendiese las elecciones en Puerto Rico para celebrarlas de acuerdo con las prescripciones de la nueva carta orgánica pendiente de aprobación en el Congreso Nacional, Muñoz volvió a Puerto Rico. Llegó a San Juan el día 20 de septiembre de 1916. Toda la isla había enviado representaciones para dar la bienvenida al ilustre prócer puertorriqueño. Todos los balcones y azoteas de las calles por donde había de pasar la comitiva estaban cuajados de expectadores. Millares de personas formaban densas filas en las aceras a todo el largo del trayecto desde los muelles hasta el Ateneo. A los acordes del canto regional recorrió Muñoz con su grandioso cortejo toda la carrera. Marchaba a pie. La ola humana lo seguía. Al llegar al Ateneo la muchedumbre pedía a gritos que Muñoz hablase. Salió el ilustre hombre al balcón y fué saludado con un aplauso estrepitoso. Habló Muñoz a su pueblo y comunicó a todos su

inquebrantable fe en el triunfo que les aguardaba a todos los buenos puertorriqueños al aprobarse la nueva ley presentada en el Congreso. Concluyó recomendando — ¡ como siempre ! — « abnegación y desinterés. » Al terminar anunció su irrevocable resolución de no aceptar que se votase nuevamente su candidatura como Representante de Puerto Rico ante el Congreso Nacional, a lo que el pueblo contestó: « No, no, tiene que ir, tiene que ir . . . »

Un generoso amigo, don Eduardo Giorgetti, recibió a Muñoz como su huésped de honor. A las veinticuatro horas de haber pisado Muñoz su suelo natal se sintió indispuesto. Se le prescribió el reposo. El enfermo sentía un mareo, dolor en el hígado. Días después, estando aparentemente bien de salud, recibió Muñoz las innumerables visitas de comisiones que de toda la isla vinieron a saludarlo. Al mismo tiempo dió atención a su aglomerada correspondencia. El ataque se repitió. Por último los médicos le aconsejaron se retirase por pocos días a su viejo lar de Barranquitas. Muñoz fué a su pueblo natal, pero su mal no encontró alivio en aquellas montañas. En los primeros días de octubre sintió fiebre e inapetencia. Un experto facultativo puertorriqueño, el Dr. Díaz, de Fajardo, fué el primero en dar importancia al mal que

sufría el ilustre político. Médicos notables de la isla acudieron a su retiro de Barranquitas para verlo y asistirlo. Como primera providencia se trasladó a Muñoz a Santurce, donde halló cordial acogida en la casa de su leal amigo Giorgetti. La isla entera estaba pendiente de la salud del querido enfermo. Los telegramas se recibían por centenares cada día. Las cartas eran numerosas. El correo, el teléfono y el telégrafo fueron monopolizados con mensajes de todas partes inquiriendo el estado del paciente. La ansiedad general creció de día en día, de hora en hora. Cada familia parecía tener un enfermo querido en su casa. Cada corazón presentía perder algo que le pertenecía. La prensa, en su mayoría, dió preferencia a la información acerca del estado del enfermo, sobre toda otra información. Por fin, se le sometió a una operación de alta cirugía. La operación fué feliz. Mas el período de riesgo inminente aun no había pasado. ¡No había de pasar! El miércoles, 15 de noviembre, a las seis y cuarenta minutos de la tarde, murió el hombre que dió a su patria casi medio siglo de paz, de cultura y de grandeza.

¿Tuvo Muñoz algún presentimiento de su muerte? Sí. A varios de sus amigos dijo cierto día durante su enfermedad: «Yo me muero, pero el porvenir de nuestro pueblo ha comenzado a

dibujarse en el horizonte. » Otro día cuando su amigo Herminio Díaz Navarro le preguntó cómo estaba, contestó: « ¡ Herido de muerte ! » Y al tratar su amigo de convencerle que solamente



La habitación en que nació el patriota

tenía la fatiga de su lucha titánica, queriendo darle ánimo diciéndole que todo el país, sin distinciones políticas, estaba con él, contestó: « Todo el país a mi lado, todo el país . . . ¿ No

cree usted, amigo Herminio, que éste es el mejor momento para irme? . . . »

Presintiendo su muerte, teniendo certeza de ella, un día quedó a solas con don Antonio Barceló, Presidente del Partido Unionista, y con acento entrecortado habló a su amigo y correligionario. Aquella conversación fué su testamento político . . . y privado. Entre otras cosas dijo poseído de unción profética:

« El camino está firmemente trazado . . . El porvenir de Puerto Rico consiste en afianzar, en consolidar su política dentro de una sincera amistad y de una franca compenetración con el pueblo de los Estados Unidos . . . Debemos tener una gran confianza y una fe absoluta en el gran pueblo, bajo cuya influencia y bajo cuya protección ha de decidirse nuestra suerte . . . »

« Nada más . . . y eso es bastante, si llegan a comprenderlo bien los puertorriqueños y a compenetrarse de que ésta es la única vía posible para su libertad y para su felicidad . . . »

« Sobre lo demás . . . es fácil saber como quedan mis asuntos . . . »

« Mis amigos deben sostener de alguna manera ese viejo reducto [se refería a *La Democracia*] en donde tantas campañas libré y desde donde tantas campañas pueden y deben librarse aún por el decoro del país . . . »

« Sólo me queda un solar . . . y una póliza de \$5,000 . . . Con el producto de la venta del solar y con

el montante de la póliza, pueden mi esposa y my hijo sostenerse y puede éste continuar su carrera hasta que al fin el hijo ayude a la madre . . . y así quede en el mundo ella sostenida por él . . . »

— Terminó — dice el Sr. Barceló — apelando a sus amigos y confiando en sus amigos . . .

El cadáver del ilustre patricio fué embalsamado y colocado en una hermosa caja de metal con tapa de cristal. Al día siguiente fué trasladado al salón de sesiones del Ayuntamiento de San Juan. No es posible describir este acto. Basta decir que todo San Juan, y centenares de automóviles llenos de personas de toda la isla, formaban la comitiva. En el Ayuntamiento se montó la Guardia de Honor durante todo el tiempo que permaneció el féretro expuesto al pueblo. Las personas que iban a ver — ¡ por última vez! — al ilustre hombre, no es posible enumerarlas . . . El pabellón nacional bajó a media asta en señal de duelo; el Gobierno suspendió sus trabajos; el comercio paralizó sus negocios . . . el pueblo todo se dedicó a demostrar su sincero pesar por la muerte del hombre que al rendir su jornada . . . era *único* en su patria . . . De San Juan fué trasladado el cadáver a Barranquitas, recorriendo antes de llegar a su última morada los pueblos de Río Piedras, Caguas, Cayey, Aibonito, Coamo, Juana Diaz y Ponce . . . La

doliente caravana estaba formada por representaciones de todas las clases sociales, políticas y religiosas del país . . . En cada pueblo nuevo gentío se sumaba a la ola humana que desde San



La capilla ardiente en Ponce

Juan acompañaba al féretro . . . A su paso por los pueblos, el carro que trasladaba sus augustos restos sólo hollaba flores que manos pías habían regado para hacer más suave el paso al patriota . . .

El día 19 de noviembre llega el cortejo fúnebre a Barranquitas . . . ¡ nueva espartana que recibe a su hijo « vencedor y muerto » ! — según expresión de un poeta . . . Y el día 20, a las once y veinte minutos de la mañana, tuvo piadosa sepultura el cadáver de aquel hombre en quien el país había concentrado su amor, su admiración y su confianza . . .

En sitio cercano a una de las cercas del cementerio de Barranquitas, junto a la tumba donde reposan las cenizas de su progenitor, descansan los restos mortales del hombre que tanto vivo como muerto tuvo fuerzas bastantes para arrastrar tras sí gigantescas multitudes . . .



Los amigos de Muñoz ante la tumba

XII

*His life was gentle, and the elements
So mix'd in him that Nature might stand up
And say to all the world "This was a man!"*¹

— SHAKESPEARE.

SÍ, contemplad al hombre. Con varias pinceladas hemos tratado de hacer el boceto de su personalidad. Ésta es grande estudiada en cada uno de los aspectos en que presentamos al gran patriota fenecido. Mas el conjunto de todos esos aspectos nos dan la figura entera de Luis Muñoz Rivera. Su vida no admite paralelos. Su vida está representada por un círculo, símbolo de la perfección. Cerrado el círculo en el momento de su muerte, ya no es posible hallarle principio ni fin. Así son las vidas de todos los grandes hombres: perfectos círculos cerrados. Hacia el interior de la línea que limita el círculo están encerrados todos los vicios, todos los errores que en vida tuvieron. Hacia el exterior, hacia la humanidad, irradian constantemente los vivificantes rayos que emanan de sus grandes virtudes. Son éstas las que hemos querido presentar en este estudio, pues sólo ellas son edificantes para la juventud . . . Los defectos, ¿quién no los tuvo? . . . Lo meritorio es hacer que las virtudes sean

¹ Dulce fué su vida, y los elementos de tal suerte en él se combinaban que bien pudo orgullosa exclamar, Naturaleza: « ¡Éste sí fué un hombre! »

tantas y tan brillantes que eclipsen a aquéllos . . . Muñoz, humano al fin, tuvo sus defectos. Ellos fueron casi necesarios para que su pueblo se convenciese de que su ídolo era un hombre . . . ¡ Tan grandes fueron sus virtudes !

Y tú, joven puertorriqueño, trata de hacer lo que él hizo; trabaja como él trabajó; lucha



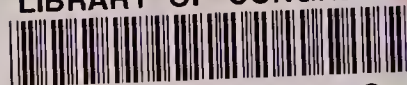
Los adversarios políticos de Muñoz ante la tumba: un buen ejemplo de cultura

como él luchó; resiste como él resistió; espera como él esperó. Sólo así podrás triunfar como él triunfó, y morir como él murió . . .

Si quieres ser fiel a su memoria; si quieres ser fiel a tu patria; si quieres ser fiel contigo mismo, aprende y observa siempre éste, el gran precepto de toda su vida:

*« Ama a tu patria sobre todo el mundo, y
a tus compatriotas sobre todos los hombres. »*

LIBRARY OF CONGRESS



0 041 053 350 9